

REVISTA CHILENA.

REVISTA  
CHILENA.

FUNDADA

POR

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI

Y

DIEGO BARROS ARANA.

---

TOMO XVII.

---

SANTIAGO.

---

IMPRESA DE LA REPUBLICA.

Jacinto Nuñez, editor

—  
1880.

---

# ABELINA.

NOVELA ORIGINAL DE FRANCISCO MIRALLES.

---

## I.

### UNA HERMOSA PAREJA.

Nada mas justo i lógico que el profundo amor del viejo corone de 810 por su hermosísima Abelina, hija única de 18 años, i la mas injenua i benévola de las criaturas de éste, como de cualquiera otro mundo imaginable.

El señor coronel don Cárlos de Vargas era un hombre rudo i fuerte, a pesar de sus 70 años. De elevada estatura, de aspecto venerable, albo de canas, su serena presencia abria ancho campo entre las jentes, pues todos se apresuraban a cederle el paso. I aparte del respeto que inspiraba su figura i sus severas costumbres, su honradez proverbial i sano criterio le deparaban en todas partes un puesto elevado; i esto, sin contar por supuesto, con las consideraciones a que por su distincion de familia era acreedor.

Pero el señor coronel don Cárlos, no salia de su casa sino en ciertas i determinadas ocasiones i a ciertas horas, i siempre en compañía de la graciosa Abelina, quien desde la muerte de su madre acaecida tres años ántes del momento en que comienzan los sucesos que vamos a narrar, llevaba cubierto el rostro con un

denso velo negro que flotaba sobre su tambien negro i elegante traje.

Este noble viejo, i esta simpática jóven vestida siempre de negro i cuidadosamente velada, hacian una de esas parejas que llenan el ojo i obligan a inquerir con interes cuanto a ellos concierne.

Es verdad, que a traves del velo era imposible adivinar hasta que punto era hermosa i completa en gracias Abelina; pero, en su porte i modo de llevar su vestidura, habia algo de tan estrañamente arrogante i majestnoso, que si alguno hubiese afirmado la existencia en Santiago de una incógnita princesa, no se habria vacilado en creer al punto que esa, i no otra, era Abelina.

Si se hubiese podido penetrar al traves del negro velo de Abelina, se habria visto con sorpresa la espresion de sus miradas, dulces i suaves, es verdad, pero dando a su fisonomía ese aire peculiar que imprime la direccion de la vista al infinito. Abelina, en efecto, miraba así; sus pupilas saltaban sobre todo lo que habia delante, i marchaban al infinito, dejando en su bello conjunto algo de elevado, de altivo, de profundamente pensativo, de dulcemente resignado, de tranquilamente resuelto i decidido. Se diria, que el alma del viejo coronel don Carlos, del bravo de 810, habia impreso su sello de sereno heroismo en el espíritu de su adorada hija.

En las tardes, cuya luz comparten el sol que se pone i la luna que se alza, don Carlos i Abelina solian dejarse ver en los paseos, escojiendo siempre de preferencia los lugares con árboles.

Pero el coronel visitaba poco, mui poco, i era a su vez poco visitado. Esto, sin embargo, no impedia que el coronel fuese conocido, como decirse suele, por medio mundo. Todos tenian respetos i consideraciones para el valiente de 810 i feliz padre de la hermosa Abelina.

La soledad bien empleada, forma los grandes caractéres i las vastas instrucciones. Este aislamiento social del coronel relegado en su quinta todo el año con su hija, habia servido notablemente para hacer de ésta, una de esas criaturas raras en toda sociedad, por la posesion de serios conocimientos, no solo en la música i pintura, en las que descollaba notablemente, sino tambien en ciencias sociales, sin por eso, dejar entrever ni sombra del fastidioso pedantismo que con tanto éxito despliegan las damas a medio instruir. Abelina habia llegado a comprender, que el saber i la ins-

truccion, son útiles instrumentos de nuestra propia mejora, i que no es cuerdo, tirarlos a las narices del primero que tenemos enfrente. Abelina, pues, era sencilla en sus gustos, elegante por naturaleza, suave i pura como las primeras tintas de la aurora. Su reir de niño alegre, hacia reir involuntariamente; i cuando alguna vez estaba séria, aparecia en su porte algo que imponia, algo que dejaba entrever una altivez que no se la habria sospechado en una jóven de sus años. Todo esto era obra de don Carlos, que haciéndose acompañar constantemente por su hija en todos sus trabajos i estudios, inculcaba así en su jóven espíritu todo un órden de ideas elevadas, las que en ciertas ocasiones, necesariamente debian reflejarse al exterior.

Abelina no habia amado nunca; i ni sospechas tenia de lo que eso era. Amaba locamente a su padre, i este amor satisfacía por completo a su espíritu.

Don Carlos, por su parte, esperaba con terror el momento en que este amor no bastase al corazon de su hija, i preferia no pensar en ello. El bravo coronel, era cobarde ante esta idea.

¡Quién sabe hasta qué punto, esta disposicion de ánimo, del coronel, era el motivo real del aislamiento en que vivia!

Pero ¿quién puede leer lo que está escrito tras del denso velo con que Dios ha cubierto el porvenir?

## II.

### UN VIEJO AMIGO DE LA QUINTA.

Era una tarde del mes de octubre de 185...; una de esas tardes serenas, sosegadas, que convidan a poéticas meditaciones i nos llaman a los sitios mas solos i apartados.

Don Carlos i Abelina, se paseaban conversando bajo los árboles de la quinta.

Don Carlos usaba en el interior de su casa una larga bata de cachemira i una gorra militar, lo que acentuaba notablemente su aire venerable.

Abelina llevaba un sencillo traje de muselina blanca, atado a la cintura por un cinta de seda roja. Usaba trenzas sueltas, luciendo así su hermosa i abundante cabellera de color rubio oscuro; i con grande arte i coquetería, se habia puesto al lado izquierdo un precioso boton de rosa del color de la cinta del vestido.

De improviso se acercó un sirviente i anunció al coronel la visita del doctor Alfieri, viejo amigo de don Carlos i de toda confianza, aun para Abelina, pues hacia mas de un año que el doctor asistia semanalmente a la quinta del coronel, asistencia de médico i de amigo antiguo.

El doctor Alfieri habia vuelto de un largo viaje a Europa, donde habia permanecido 24 años, i su primer cuidado fué visitar a su antiguo compañero de colejio, al coronel don Carlos, a quien lo encontró poseedor del mas bello tesoro, en su querida hija; i desde ese dia, no pasó semana sin hacerles una amable i cariñosa visita.

El anuncio, pues, de la presencia del doctor Alfieri, no produjo estrañeza alguna en el ánimo del coronel, ni en el de Abelina.

En ese momento, ámbos habian tomado asiento en un sofá rústico, colocado al pié de un árbol antiguo; i conservaron el asiento esperando a la visita que se dirijia a ellos por una tortuosa i alegre senda de acacias.

Era el doctor Alfieri un hombrecito pequeño, gordo i rechoncho, de aspecto sanguíneo i aire bonachon. Como hombre de cierta fortuna, vivía de sus rentas sin necesidad de practicar la medicina, lo que solo hacia gratis con algunos amigos. Vestia con cierta elegancia, aunque sin pretension ninguna; lo que hacia dudar de su título, pues es sabido que el traje de doctor, es de ordinario mui característico. Sin embargo, era el doctor Alfieri un sabio verdadero.

Quizas por no atender a los deberes profesionales, i por ocupar su espíritu motivos poco científicos, habia el doctor Alfieri adoptado un exterior tan contrario a su profesion. Desde su llegada de Europa, el doctor Alfieri se ocupaba de asuntos particulares, en especial, de ciertas investigaciones concernientes a un jóven, discípulo suyo, a quien esperaba de Italia de un momento a otro. Se llamaba éste don Luis de Aro, noble señor, de quien el doctor decia maravillas. Aseguraba en tono de perfecta certidumbre, que don Luis de Aro, como aspecto físico, como noble corazón, como inteligencia, como instruccion, como actividad i carácter, no encontraría en Santiago, nada comparable.

Abelina i don Carlos, eran de ordinario, los confidentes de los recuerdos del doctor Alfieri. Habian leído muchas ocasiones las cartas de don Luis de Aro al doctor Alfieri, cartas realmente escritas con talento, llenas de chispa i sentimiento.

El coronel don Carlos, mirando quizás como mui lejana la llegada a Santiago del discípulo del doctor, habia pasado por alto el efecto que en el ánimo de Abelina pudieran hacer los calorosos comentarios i recuerdos de un jóven que tarde que temprano seria amigo de la quinta.

Un dia habia venido el doctor Alfieri radiante i triunfador, trayendo una carta de don Luis de Aro, dentro de la cual venia un retrato fotográfico magníficamente iluminado, iluminado con gran talento, pues tenia todo el aspecto de una rica miniatura.

—Aquí lo traigo para que lo conozcan. Es igual, parece que habla; habia dicho el doctor Alfieri.

Abelina tomó el retrato, i observándolo con cuidado, se puso algo encendida.

—Es realmente mui hermoso, dijo pasando el retrato al coronel don Carlos.

—I que aspecto tan baronil, observó sorprendido el padre de Abelina.

El retrato, como se habrá adivinado, era de don Luis de Aro.

—Pero, vamos a la carta; léala usted en alta voz Abelina; léala usted, dijo el doctor.

Abelina con su voz clara i armoniosa, leyó sin vacilar.

«Querido amigo i maestro: Al fin divisó próximo mi viaje; al fin, voi a conocer a mi querida patria. Viviendo siempre en Europa donde todo es artificio, he concluido por tener nostalgia de esa América de los bosques vírjenes, i en especial de Chile, donde ví la luz del dia cerca de esa jigantezca cadena de los Andes, de la que tanto prodijio de hermosura leo en los viajeros.

Es una lei natural que Ud. conoce como yo, la secreta relacion que existe entre los lugares i los seres que los habitan; por eso Chile, es suelo de valientes i de bellas, porque todo allí es grande i hermoso.

No quiero echarme en las alas de mi fantasía para gozar con anticipacion del aspecto de mi país i del trato de mis compatriotas. Me refreno i espero. De otro modo, echaria sobre el presente una capa de plomo; i la vida, a pesar de la luz i la esperanza, i de cuanto bello prodigara Dios a nuestro alrededor, es en realidad una dura escuela del espíritu que busca en ella su progreso i su mejora. Por eso, es indispensable, en cuanto se pueda, aliviarla de nuevas cargas.

Pero, es bien curioso, querido maestro, el efecto de mi tenden-

cia natural a razonar, pues me lleva hasta decir a Ud. vulgaridades insignificantes. Ello es disculpable, teniendo presente que con Ud. hablo sin reservas.

Incluyo a Ud. una miniatura pintada por mí sobre una fotografía, i en la cual he procurado con el color aumentar la verdad fotográfica para que Ud. me recuerde lo mas vivamente posible.

He leído su última carta, en la que me habla del señor coronel don Carlos de Vargas i de la señorita Abelina. Usted me inspira vivos deseos de conocerlos, i no lo estrañará recordando mi manía por lo hermoso, de suerte que tanto la bella alma del coronel, como la hermosa figura física i moral de la hija, me pican interes i gran curiosidad.»

Entraba en seguida la carta en detalles de viaje, sin fijar con precision el dia de partida, i al mismo tiempo daba algunos pormenores sin interes.

Esta carta su scitó muchas discusiones.

Esa especie de definicion de la vida, esa idea lanzada al acaso i como cosa conocida de todos, «la vida es la escuela del espíritu que busca en ella su progreso i su mejora,» habia picado vivamente el interes de Abelina i su padre. I aunque el doctor habia defendido la tésis como suya, haciendo ver que don Luis, en filosofía mas que en cosa alguna, era su discípulo, aquellas conversaciones mantenian viva en todo instante la memoria de don Luis de Aro en el ánimo impresionable de Abelina.

De este modo llegó un dia, en que tanto el coronel don Carlos como la misma Abelina, acabaron por interesarse en todo lo que concernía a don Luis de Aro, i el doctor Alfieri encontró así, para sus paseos semanales a la quinta, un doble motivo de entusiasmo.

En la tarde, pues, en que se anunció a don Carlos i Abelina la visita del doctor Alfieri, aquellos continuaron conversando tranquilamente i no sintieron los pasos de la visita, sino cuando ésta distaba de ellos pocos metros.

Tornó la vista don Carlos, i de improviso se paró.

Miró Abelina, i poniéndose encendida se paró tambien.

El doctor Alfieri no venia solo como de costumbre.

Un jóven de 25 años, elegantemente vestido i de una de esas fisonomías que no se borran nunca, cuando una vez se les ve, venia con el doctor.

—Buenas tardes, mi querido Carlos i mi graciosa Abelina, dijo el doctor Alfieri, con esa volubilidad propia de los que tienen gran

confianza; aquí les traigo a mi querido discípulo i amigo don Luis de Aro, de quien tantas veces les he hablado. Acaba de llegar hoy de Europa, i no quise demorar en anuncios inútiles para traerlo.

Don Carlos recibió con gravedad a don Luis, mirándole disimuladamente de pié a cabeza; i luego, poniéndose densamente pálido.

Abelina visiblemente cortada i confusa, le estendió una mano.

Don Luis de Aro, se manifestó admirado, sorprendido.

Después de las frases de orden en toda presentacion, tomó la palabra el locuaz doctor Alfieri.

—Hoy he recibido una de las mas gratas sorpresas con la llegada a mi casa de este caballero, señalando a don Luis de Aro, pues ha tenido la estravagancia de no anunciarme su visita.

—Ya se lo he dicho a Ud., amigo mio, dijo sonriendo don Luis con toda naturalidad; no pudiendo fijar con precision el momento de mi partida, i no gustando de esponerme a equívocos, preferi dar a Ud. una sorpresa.

—De todos modos, caro amigo, insistió el doctor, es bueno que sepas, que en esta casa eres conocido suficientemente; pues yo me he encargado de darte a conocer desde mucho tiempo ántes de hoy.

Entre tanto se cruzaban estas palabras, Abelina i don Carlos observaban con urbana curiosidad al nuevo huésped. Abelina variaba de colores con suma facilidad, i don Carlos, recuperaba lentamente el suyo.

La conversacion versó sobre los viajes de don Luis.

Don Luis de Aro era elocuente i poseia hermosa palabra. De basta ilustracion, su conversacion tenia sumo interes. Narraba con gran facilidad, i tenia la delicadeza de escluirse a sí mismo de las situaciones que con mucho arte hacia palpar delante de sus oyentes.

El coronel habia concluido por escucharlo con interes.

Abelina sentia latir su seno al son de las impresiones que don Luis provocaba con grande arte.

El doctor estaba orgulloso.

Don Luis de Aro parecia alegre i contento; pero, al través de esto, se veia cierta preocupacion secreta, algo como si un pensamiento constante viniese a interrumpir el hilo de sus discursos; pues de cuando en cuando vacilaba en la eleccion de sus palabras, i sus ojos parecian buscar en lo alto del espacio un pensamiento desvanecido.

La visita duró hasta las oraciones.

## III.

## PRINCIPIO DEL COMIENZO.

—Indudablemente, decia el coronel a su hija, despues que quedaron solos, tenia razon el doctor al asegurar que don Luis era un jóven de talento.

—I mas que eso, agregó Abelina, es mui simpático.

—Eso es justamente lo que yo temia, dijo el coronel, paseándose a lo largo del salon donde a la sazón se hallaban.

—¿I por qué lo temias, querido papá? dijo Abelina, con la injeñunidad que le era característica.

—!Ah! ¡Ah! porque le tengo miedo a las simpatías tuyas..... yo no querria que tú obrases por sola simpatía... ¿estás?

—Es claro, querido papá, repuso Abelina; yo no seré amiga de nadie sino merece mi amistad. I al decir esto, se puso encendida como una grana, lo que no fué notado por su padre.

—Ya, ya, repuso éste, estoi, estoi, pero, la simpatía tiene el inconveniente de dificultar los juicios; i este jóven, este jóven, a pesar del doctor, apénas lo conocemos.

Visiblemente el coronel estaba impresionado. Pero el coronel amaba a su hija, en términos de no poder discutir con ella; de modo que a poco andar, acabó por convenir que don Luis de Aro era realmente un jóven mui simpático.

Entre tanto, don Luis al retirarse, habia dejado el alma en la quinta del coronel.

Jamas sus hambrientos ojos habian visto nada comparable bajo ningun respecto, a la graciosa Abelina. Jamas habia oido un metal de voz mas encantador. Jamás tampoco habia encontrado en su camino un espíritu juvenil mas vigorosamente desarrollado en medio de un candor anjelical. I mas que todo eso, don Luis sentia dentro de sí un secreto convencimiento de ser la hermosa Abelina su alma jemea; de haber encontrado en ella, ese otro ser que busca el corazon que nunca ha amado, para depositar en sus aras todo el sentimiento almacenado en esos poéticos años de la juventud; porque para don Luis de Aro, Abelina era, a no dudarlo, su amor primero. Estos sentimientos se manifestaron con franqueza en toda la conversacion que sostuvo con el doctor Alfieri durante el trayecto de la quinta a la casa de éste.

El doctor se convenció que su amigo i discípulo estaba vivamente impresionado de la hija de su amigo el coronel don Carlos, resultado para él de todo punto imprevisto; pues, en su carácter bondadoso i apasionado, solo habia pensado en formar una relacion social de mútuo agrado, teniendo por el jóven don Luis, como por el coronel i su simpática hija, una sincera i cariñosa amistad. Tienen los sabios sus raras inocencias, i no era poca en el doctor Alfieri haber aproximado a dos jóvenes como don Luis i Abelina, habiéndoles preparado el camino como el lector rucuerda, i en seguida sorprenderse de los sentimientos que veia despertar. Pero el doctor Alfieri era como todo hombre de ciencia, sereno i tranquilo calculador, de modo que en presencia de una situacion cualquiera, sabia sacar de ella el mejor partido.

—Mi querido Luis, dijo el doctor Alfieri, luego que estuvieron en su escritorio, a donde ámbos se dirijieron al llegar; he oido con gran gusto, pero con sorpresa i talvez pena, tus palabras. Con gusto, porque te he proporcionado un momento feliz, porque te he hecho feliz segun tus palabras; i con pena, porque, aunque a mis años ya no se comprende lo que es el amor, se ha aprendido a temerlo, i yo en esta vez, encuentro mucho que temer...

El doctor se habia sentado en un ancho i cómodo sillón, delante de su mesa de escribir, miéntras don Luis permanecia en pié, dividido por la misma mesa, en actitud de escuchar con impaciencia, de modo que al decir el doctor su última palabra, no pudo ménos de interrumpirlo.

—¿Mucho que temer doctor? Acaso Abelina....

—Nó, nó, nó amigo mio; calma, calma, dijo el doctor, estirando la mano en actitud de amigable conciliacion. Voi a explicarte mis temores; pero, es menester que no me interrumpais.

—Una palabra, doctor, ántes de seguir adelante; le interrumpió de nuevo don Luis.

—Decid.

—Abelina ¿ama a otro?

—Nó; dijo sériamente el doctor.

—Pues bien, hable Ud. ahora cuanto quiera, dijo don Luis acercando una silla, sentándose cómodamente, i poniendo sobre la mesa el sombrero i el bastón.

## IV.

## REVELACIONES DEL DOCTOR ALFIERI.

El doctor se arrellenó en un sillón; se reconcentró en sí mismo algunos momentos cerrando los ojos, pasando su derecha por su calva frente, i tomando un aire grave.

—Para que puedas comprenderme, amigo mío, exclamó, dirijiéndose a su interlocutor, me es preciso sentar algunos antecedentes, que serán, es verdad, mui breves, pero, sin los cuales no me comprenderias con la exactitud necesaria. Tú, dijo, acentuando sus palabras, eres noble de vieja alcuernia; pero, no tienes los papeles que te acrediten tal. Cuando te tomé a mi lado, tú ¡lo sabes, no pensé en la cuestion papeles; i durante muchos años, he mirado eso como de ningun valor. Para mí no le tiene, en realidad; pero no sé lo que digan de eso Abelina, i mas que Abelina el coronel, quien, en cuanto a asuntos de familia, es rijido e inflexible. Ademas, no tienes mas fortuna que la mia, que hasta cierto punto escasa, no puede servirte sino cuando yo muera; pues mientras viva, yo soi un implacable consumidor... Sobre todo eso, hai todavía que tomar en cuenta el secreto mismo de tu nacimiento, que como sabes, encierra un misterio, que es preciso aclarar, i ¿quién te dice que Abelina no es una parienta tuya mui sercana?

Don Luis de Aro se tomó la cabeza entre las manos.

—Estos asuntos, dijo, con voz reconcentrada, que Ud. mismo me ha enseñado a desdeñar, vienen ahora a atravezarse en mi camino, i con un aspecto verdaderamente sério i mortificante. Es menester concluir, i ver claro, querido Señor: de Ud. depende todo, i es preciso andar listo i acabar de una vez.

—Pero ya sabes, querido Luis, que no depende eso de mí. Hace mas de un año que estoi en Santiago; i puedo asegurarte que no pierdo mi tiempo; sin embargo, me voi inclinando a pensar, que las cosas pasaron en otra parte, quizá en el Sur; pero, ántes de abandonar la capital, es necesario llegar a la conviccion de que en ella no están tus deudos. Cuando en Florencia, hace ya cerca de dos años, te prometí anticiparme, a fin de que a tu llegada tuvieses el campo listo, no creí que un suceso de esta especie, pudiera haber pasado, sin dejar algun rastro que me permitiera llegar fácilmente a la verdad. Pero Santiago, a lo que veo, tiene mis-

terios profundos, i es menester un ojo mui perspicaz para desenterrarlos: de ordinario, sus jentes son reservadas al exceso en ciertas materias, i aunque tu asunto no pertenece justamente al jénero que provoca tales reservas, al ménos, miéntras no lo conozca a fondo, tengo derecho a desconfiar, i escudriño todo en beneficio tuyo. Estas investigaciones me han dado ciertos resultados que otra vez te espondré, a fin de que me ayudes tú mismo, pero entre tanto, quede en pié la dificultad; faltan papeles, que pueden reclamar el coronel i su hija.

Don Luis de Aro, se alzó cuan alto era; se paseó por la habitacion con aire demudado; i de improviso, como volviendo sobre sí, se detuvo delante del doctor.

—O yo me equivocó mucho, dijo, o creo poder asegurar que todo esto, no será para la noble alma de la hermosísima Abelina, un inconveniente para amarme; i en cuanto al coronel, me parece demasiado noble, para que no vea en mí una víctima inocente de un crimen de que no tuve parte, i crimen, que nada tiene que ver con mi mismo nacimiento, pues se trata de un hijo arrancado del lado de sus padres por motivos de que no puedo ser responsable ni cómplice.

—Tienes razon en pensar así del criterio de esa bella criatura, i del de su padre; pero, es menester ir con tino, i no esponer tu porvenir por marchar mui de prisa, pues don Carlos tiene mucho que mirar ántes de entregar la mano de su querida hija; don Carlos no tiene mas fortuna que la renta de su grado en el ejército, i la quinta que ya conoces; de modo que exigirá, i con razon, de us futuro yerno, ya sea un caudal, o una profesion lucrativa; i miéntras ménos se le ofrezca en tal sentido, será mas exigente naturalmente con lo que se relaciona a la calidad misma del yerno. Ahora, tú no tienes fortuna aun, para pensar en formar una familia; i luego, tu condicion social será un punto oscuro, que hará temer con justicia, que descubrimientos posteriores traigan nuevos inconvenientes.

Al decir esto, la voz del doctor tomó un acento de profunda ternura, i mirando a don Luis,

—¿No me encuentras razon, amigo mio? le dijo, tendiéndole la mano por sobre la mesa.

Don Luis tomó entre las suyas la mano del doctor; i suspirando, con ese aire reconcentrado, propio solo de los grandes sentimientos contenidos.

—Tiene Ud. mucha razon, dijo con cierta calma i sordo acento. Este amor tiene espinas, continuó; pero, yo sabré romperlas.

—Está bien, dijo el doctor, sonriendo con amargura. Confio en que tú sabrás obrar como un hombre honrado.

## V.

## NUEVAS AMISTADES PARA EL CARO LECTOR.

Para conocer a un hombre, no basta, como cree el vulgo, con dos rasgos característicos: eso da solo una faz de la fisonomía exterior, que por mucho que valga para espresar a veces el valor del alma, no la pinta de un modo cabal i exacto. I el alma es el hombre.

Ahora, en cuanto a esa relacion que realmente existe, entre la naturaleza del alma i las formas i fisonomía corporal, nos bastará con hacer notar, que tal relacion, tiene por base una variante infinita, como es el modo de ser del mismo espíritu, que varia en sus formas sin límite conocible, por consiguiente, es imposible la pintura del hombre por su sola fisonomía exterior. Hai pues, que entrar dentro del hombre, para conocer al hombre.

Este es el encollo de la justicia humana. El hombre es una mercadería que hai que tomar bajo su palabra. Por eso, solo se le conoce en la novela; i esto, cuando esa novela está bien hecha.

---

El coronel don Cárlos creia ser católico, pero tenia sus dudas, sobre si tambien era apostólico i romano. Esto quiere decir, que el coronel tenia la facultad de pensar; facultad, de ordinario secuestrada para reemplazarla por la de creer a secas. Tambien eso quiere decir, que se tiene cierto ingenio e instruccion, pues la completa ignorancia impide razonar, por no tener sobre que.

El coronel pues, no habria hecho jamas de su hija lo que se llama una beata; i efecto, ya hemos indicado que ésta poseia un basto campo de conocimientos, atendiendo a su edad i condicion.

Dados estos antecedentes, se comprenderá fácilmente la razon por la cual el coronel no mantenía relaciones estrechas con su hermana doña Cruz, por mas que fuese una de las señoras mas ricas i opulentas de Santiago, desde que era beata i modelo de tal. I

no solo esto, sino que el coronel tenia la conciencia de su valer, i no podia ver en paciencia, que doña Cruz pretendiese con él ciertos fueros de cortesía, en atencion a su gran fortuna. El coronel se revelaba contra todo eso, i permanecia alejado de la sociedad de su hermana, en términos de no verla sino una vez al año, como decirse suele.

Doña Cruz era viuda de uno de nuestros acaudalados agricultores; de esos, a quienes no hai mas motivo de tomarlos en cuenta como seres volentes, sino por cuanto la sociedad los reconoce dueños de muchos escudos, por mas que ordinariamente sirven mas de estorbo que de utilidad para nadie.

Doña Cruz tenia una hija que seguia sus aguas: Teresa, jóven de 21 años, alta, flaca, de fisonomía gasmoña i orgullosa, de dudosa belleza i de alma vulgar.

Vivia doña Cruz en una de las casas, que por su ostentosa fachada, era de las mas notables que en esos años existia en la capital. Casa edificada recientemente, i con pretensiones de palacio, como en esa época se elevaron muchas, i que sin embargo, no eran en buena cuenta otra cosa, que montones de ladrillos mui alegremente estucados, pero que los santiaguinos admiraban mui sinceramente. Es un lado feliz de la ignorancia el poder admirar los mamarrachos de todas especies.

Doña Cruz, por su condicion de beata, i sobre todo i mas que todo, por su condicion de beata rica i opulenta, tenia amistad mui entusiasta con todos los clérigos i frailes del lugar.

Doña Cruz, pues, rica, beata, amiga de frailes, con una hija de poca belleza e inclinada a ser su retrato, debia ser aficionada a acresentar su fortuna; pues a tales personas suele parecerles que el dinero es en la vida el gran fin de la existencia.

Sin embargo, la casa de doña Cruz era un recargo de lujo, segun el gusto del tiempo. Grandes espejos, grandes cortinas, muebles dorados, ricas alfombras, pero, sin consultar en todo mas armonía, que el mucho brillo i la abundancia incómoda.

Doña Cruz, mirada del fondo de su alma, era una mujer sin talento, ignorante, i por consiguiente, no comprendiendo la razon del valer humano, i viéndose rica i como tal considerada, era orgullosa i bana hasta perderse de vista. Pero, atribuyendo, como ya lo hemos dicho, al dinero, mas valor que el debido, i siendo de suyo inclinada a la avaricia, doña Cruz, por dinero, habria hecho cosas capaces de maravillar al mundo. Una alma de este temple,

se escoje jeneralmente a sí misma un cuerpo flaco, pálido, de temperamento vilioso i con una fisonomía austera i rechazante; así era doña Cruz, con mas sus 55 años mui bien representados por su aspecto.

Madre e hija se parecian notablemente.

Doña Cruz queria casar a su hija con un hombre rico; i su hija queria casarse con un hombre mui rico.

Este lacónico programa parecia llenarse con las pretensiones de don Alvaro Gonzalez, jóven de 25 años, de hermosa figura, de familia distinguida, notablemente rico, mas rico que doña Cruz, i gran calavera, con séria reputacion de temible en sus empresas.

Don Alvaro Gonzalez estaba acostumbrado a ver realizarse su santa voluntad i sus caprichos en todos sentidos. Educado para rico, se le hizo entender desde sus primeros años, que tenia gran talento i facilidad para saberlo todo, resultando de aquí que al fin de cuentas, don Alvaro, se miró a sí mismo como un sabio; desdénó aprender, se cubrió con un sendo manto de orgullo i vanidad, i acabó por creerse un potentado singular.

Don Alvaro comenzó por amar a una jóven pobre de los alrededores del barrio en que vivia. Fué correspondido; i luego, satisfecho su amor, le abandonó cruelmente, sin conmoverse al saber que la pobre jóven habia muerto. I no se conmovió, porque estaba a la sazón en una nueva empresa del mismo jénero. De esta suerte, don Alvaro, habia dispuesto de sus ilusiones, hasta el punto de llegar a los 25 años, con el alma seca i fria i calculadora de un viejo de 70. Por eso, sin mucho vacilar ni pensar en lo que hacia, conociendo el caudal de doña Cruz, un dia, desprevinamente, don Alvaro pidió a ésta la mano de su hija.

Doña Cruz i Teresa, supieron corresponder mui dignamente a tales pretenciones.

—¿Sabes, hija mia, dijo la señora a Teresa, tan luego como se hubieron retirado las jentes, que don Alvaro Gonzalez me ha pedido tu mano?

—¿Sí, mamá? no está malo, pues segun entiendo, don Alvaro pasa de medio millon!

—I largo de talle; por esto, le dije que consultaria tu voluntad, pues me aseguró que nada habia hablado contigo.

—Es verdad, nada me ha dicho, ni por sus miradas habria sospechado su intento.

—Pero, al fin, creo que tú no te opondrás, pues de todos los que nos visitan, es sin duda don Alvaro el mejor partido.

—I tambien de los que no nos visitan; pues, no conozco ni de nombre, ningun jóven soltero que valga mas que mi prometido. I al decir esta última palabra, Teresa soltó una alegre i ruidosa carcajada, que fué acompañada por otra no tan ruidosa, pero sí tan alegre de doña Cruz.

De esta manera se fijó el casamiento para el 1.º de enero del año siguiente, i don Alvaro visitó en casa de doña Cruz como el novio oficial de Teresa, desde tres meses ántes del futuro enlace, pues la escena referida tuvo lugar en los últimos dias de setiembre; de suerte, que en los dias de octubre siguiente, en que don Luis de Aro visitó por vez primera la casa del coronel, ya tenia el compromiso de don Alvaro, cosa de un mes de fecha.

## VI.

### SE AFILAN LAS ESPADAS.

Apesar de la conversacion habida con el doctor Alfieri, i de las sérias i graves observaciones de éste, don Luis de Aro, impaciente por volver a la quinta del coronel, i no atreviéndose a repetir solo su visita, exijió al dia siguiente del doctor que lo acompañase con este objeto; pero ya hemos dicho que el doctor habia hasta cierto punto regularizado sus visitas a razon de una por semana. Hízole pues el doctor multitud de objeciones, a fin de impedir que don Luis dejase entrever sus sentimientos por su empeño en repetir con desusada frecuencia sus visitas. Pero don Luis, con mucho talento supo responder a todo, diciendo al doctor, que despues de su segunda visita, se someteria a un réjimen calculado, segun se presentaran las cosas, pues queria solo en esta vez, explorar, penetrar, conocer, en una palabra, un poco mas a las personas, que segun pasaban los sucesos, estaban destinadas a influir tan hondamente en sus destinos. Quería orientarse de un modo definitivo, para fijar tambien un plan definitivo.

El doctor Alfieri no sabia tener caprichos; tenia convicciones, i cuando nó, las buscaba. Así es que las razones de don Luis acabaron por convencerlo de que no habia ningun peligro en conducirlo a la quinta, sobre todo, cuando habia mui fáciles i plausibles pretextos para ello, en la reciente llegada de su huésped, i en no ha-

ber tenido lugar de presentarlo en otras partes, lo que debia comenzar a hacer desde el siguiente dia. Aunque esto encerraba una verdadera indelicadeza, encontraba el doctor preferible incurrir en ella, ántes que dar lugar a que el coronel don Cárlos sospechase el verdadero motivo de su segunda visita.

Por su parte, el coronel i Abelina distaban mucho de creer que el doctor llevase a su presentado justamente al siguiente dia de su visita primera, i se hallaban precisamente en el mismo sitio en que el dia anterior fueron sorprendidos por el recién venido.

Conversaban a la sazón sobre don Luis i el doctor, propósito del sitio i de la hora, cuando de nuevo se asercó una sirvienta i anunció la visita del doctor Alfieri.

—¿Viene solo? tuvo la precaucion de preguntar Abelina con cierta excitacion.

—Nó, señorita, respondió la sirvienta con gravedad; lo acompaña el caballero que vino ayer.

—Vamos, vamos, esto no está bueno, dijo a media voz el coronel, i luego dirijiéndose a la sirvienta.

—Llévalos al salon, que allá vamos, agregó, no sin cierto fastidio aparente, i como contrariado en el fondo de su alma.

Miéntas don Cárlos hablaba i ordenaba lo que acabamos de decir, i se dirijia con pasos no serenos a las casas de la quinta, donde mandó se recibiese a las visitas, Abelina, como un relámpago se habia desaparecido del lado del coronel, i por senda estraviada se habia dirijido a sus habitaciones con el objeto de cambiar traje i tocado, lo que notado por su padre, le hizo decir, hablando consigo mismo durante su trayecto.

—Abelina, Abelina, bello ángel mio, te mueves con desusada actividad, i vas con seguridad a acrecentar tus encantos. I no habia necesidad, pues eres tan bella que de cualquier modo que se te vea, el que no tenga una alma de cántaro de seguro se muere por tí. Pero, señor, esta muchacha se ha enamorado de ese hombre, i aunque yo no quiera, tengo que ser cortez i amable con él. Válgame Dios, i yo que he soñado siempre en retardar este momento, hoy me encuentro con que los sucesos vuelan i el mundo se me viene encima. Es raro, yo no tuve miedo jamas, i estas cosas me desconciertan. Abelina es mi Cabrion, i me parezco ridículo cuando pienso en lo que ella puede; sí, puede, i con toda facilidad hacer conmigo cuanto quiera. Cosas son estas, capaces de sacar de quicio a un coronel de 810...

Diciendo así, don Carlos apareció a la puerta del salon de la quinta; salon sencillo, pero comfortable, donde en un sofá del frente se hallaban a la sazón en silencio, el doctor Alfieri i don Luis de Aro. Habian notado ámbos la diferente recepcion que se les hacia llevándolos directamente al salon de etiqueta, i aunque encontraban mui esplicable esta circunstancia, en el primer momento no les pareció augurio del todo favorable. Especialmente el doctor Alfieri, fué el que se sintió por ello mayormente contrariado, pues don Luis se empeñaba en creer sin importancia el incidente, i aun llegó a pensar, i así lo dijo al doctor, que si algo importaba lo que sucedia, debia mas bien tomarse en favor, pues lo contrario, es decir, que se le recibiese a él como la vez primera, en que por suprimir su nombre una sirvienta se les condujo a un sitio de confianza, significaria a no dudarlo, algo de desden, algo como no apreciarlo en lo que valia.

Aquí estaban, de este corto diálogo, cuando el coronel don Carlos, dando a su vez fin a su monólogo, se presentó a la puerta del salon.

—Mi querido doctor i mi apreciado señor don Luis, dijo el coronel, adelantando con su aire marcial, ¿qué buena idea ha sido esta de alcanzar hoi por la quinta?

El coronel manifestaba así su buen humor i jovial recibimiento.

El doctor Alfieri, mas reservado en esta vez que de ordinario, dijo con gran naturalidad, que su amigo i discípulo, habia deseado manifestar con esta segunda visita, que la primera no habia sido solo urbanidad i deseo de hacer insulsas visitas, sino por el contrario, entablar sinceras relaciones de formal amistad, pues habia quedado sumamente complacido de sus nuevos conocimientos. Visiblemente habia el doctor mejorado su plan primero.

Se cruzaron de esta suerte algunas palabras de buena crianza, i aun de afecto. Don Luis que se sentia contrariado por la tardanza de Abelina, guardó silencio i se contentó con respuestas lacónicas, aunque mui atentas, a las diversas interrogaciones del coronel.

Así pasaron algunos minutos; muchos, muchísimos minutos, segun don Luis de Aro.

El salon en que se hallaban nuestros personajes tenia tres puertas; dos en ámbos estremos, la una frente a la otra, i por una de las cuales habia entrado el coronel, permaneciendo la otra cerrada i precisamente al lado del sofá en que se hallaban sentados el doc-

tor Alfieri i don Luis de Aro; i luego, una tercera puerta que daba al fondo i en medio de las dos anteriores. Enfrente de esta tercera puerta habian dos ventanas, con vista al patio exterior, una de las cuales tenia un postigo abierto, dejando entrar una luz difusa al traves de las cortinas.

Llegó un momento en que la puerta que estaba al lado del sofá, se abrió con suavidad i dió paso a Abelina.

El doctor i don Luis se pusieron de pié.

Abelina venia hermosísima. Se habia atabiado con una elegancia i sencillez admirable. Venia lijeramente encendida i parecia lijeramente impresionada.

Abelina saludó cordialmente al doctor.

En cuanto a don Luis, le estiró la mano, su graciosa, fina i sedosa mano; i tiñiéndose su frente de un lijero carmin, se bajaron furtivamente sus hermosos ojos. Don Luis, como dicen los novelistas, la devoró con sus ardientes ojos: nosotros diremos que miró al fondo del alma de la jóven; queria ver allí, si se reflejaba su imájen, i si encontraba algun antagonismo. Este movimiento del espíritu, automático por naturaleza, es, diríamos síntoma seguro de amor, i amor curioso, celoso, impaciente.

Muchas frases se cruzaron de poca importancia para nuestro relato; pero, al cabo de un rato, la conversacion tomaba animacion i vivo interes, pues podia deducirse por ella el pensamiento secreto de cada uno. Sin embargo, no nos es posible hacer una transcripcion fiel, sino en cierto momento, en que Abelina, respondiendo a una situacion narrada por el doctor, dijo con vehemencia i entusiasmo.

—¡Ah! no comprendo de qué modo se puede ser infeliz al lado de seres que se aman. ¿Qué valen las riquezas, los honores, ni aun la gloria misma, si una está rodeada de personas despreciadas i sin un corazon amado que responda a los sentimientos que deben nacer bajo la sombra de esas riquezas, de esos honores o esas glorias?

—Bien se conoce, exclamó don Luis con entusiasmo, que una alma probada en 810 ha sido la nodriza de su alma de Ud.

—Gracias, amigo mio, dijo el coronel, parándose de su asiento i paseando a lo largo del salon con grave majestad. Es verdad, prosiguió, que cuando Chile era pobre i pequeño por sus recursos i el número de sus pobladores, pudo verse el temple de espíritu de sus hijos; es verdad tambien lo que Ud. dice, que Abelina ha vigori-

zado su jóven espíritu en la escuela de un viejo militar, i que merced a eso, ella manifiesta una alma altiva i que sabe sobreponerse a las miserias del tiempo; pero la vida, no es el campo de batalla en que en medio del estampido del cañon se olvida uno de cuanto hai caro en la existencia para darlo todo a la patria. Las exigencias de la patria i las del amor, son mui diversas. Un hombre mas o ménos, por querido que sea, no alteran en nada la marcha secular de esa entidad sublime que se llama patria: por eso, ella pide la vida misma de sus hijos, de cuya sangre hace a su turno un timbre de gloria cuando es vertida con honor. El amor, por el contrario, pide, exige, manda, la conservacion i prosperidad de los seres queridos; i jime, i llora tristemente, cuando los vé sumidos en la oscura miseria. El amor, para existir, no necesita de nada, i hace feliz en la miseria; eso es verdad, pero es solo con relacion al sentimiento íntimo. En esto, Abelina piensa bien. Pero su falta de conocimiento de la vida, la ha hecho olvidar que amando i siendo feliz en cuanto a amar i ser amada, cabe al costado, un mundo de dolores, si la miseria sin salida envuelve esos amores. Yo no sé, amigo don Luis, prosiguió el coronel, deteniéndose enfrente de éste, si Ud. piensa como yo, o si en las variadas instrucciones que Ud. ha adquirido en sus muchos estudios, encuentra algo sério que observar a mis palabras. Diciendo así, cruzó tranquilamente sus brazos sobre el pecho, i miró a las pupilas de don Luis, que sin vacilar un segundo, sostuvo esas miradas, contestando en seguida.

—Pienso exactamente como la señorita Abelina, i hago exactamente las salvedades que Ud. ha hecho, señor coronel. Por mi parte, yo tambien he sido educado por otro veterano, pero veterano del pensamiento i del buen sentido; i yo aunque jóven, sé aceptar las epseñanzas de los años.

Abelina miró a don Luis con espresion de gratitud. El doctor sonriendo, le dió una cariñosa palmada en el hombro; i el coronel le estiró la mano, diciéndole con cierta espresion indefinible.

—Celebro, amigo, esta declaracion, porque me hace ver que el doctor no ha perdido su tiempo con usted.

## VII.

## MISTERIOS.

Una semana trascurrió de esta visita.

Durante este tiempo, el doctor i don Luis conversaban constantemente de temas nacidos en la quinta del coronel o que iban a parar a ella.

Don Luis veía que el doctor habia tenido razon en sus observaciones, pues la conversacion última con el coronel habia manifestado completamente el parecer de este, i en términos que el mismo don Luis confesaba lealmente que estaba en la razon.

Las palabras entusiastas de Abelina habian producido en el alma de don Luis una impresion profunda: de una parte, don Luis acrecentó hasta el delirio su sed de ser el objeto de los amores adorables de la simpática Abelina; habria hecho disparates por conseguir el mas pobre resultado en tal sentido; pero, por una, al parecer, contradiccion de su espíritu, don Luis, se revistió de cierta especie de calma, i miró a Abelina con un respeto semi-supersticioso. Aquella jóven tan bella, tan pura, tan graciosa, espresando su íntimo juicio sobre el amor, lo habia hecho en conceptos tan jenerosos i elevados, que el alma noble de don Luis, se sintió en cierto modo sobrecojida, i temió, diremos, dar un paso delante sin llevar consigo un hermoso porvenir que ofrecerla. Por otra parte, don Luis, sea por un secreto amor propio, sea por esa especie de telégrafo inconsciente que hace adivinar el sentimiento entre seres que se aman, lo cierto es, que don Luis estaba perfectamente persuadido, que desde luego, Abelina lo amaba; i despues, que Abelina, desde el dia en que lo conoció por vez primera, no amaría a ninguno otro, i de añadidura, llevaba su conviccion, hasta creer que el coronel no le haria oposicion alguna en el alma de su hija. I lo curioso es, que don Luis no se equivocaba en nada; Abelina, en efecto, habia sentido lleno su ser con el recuerdo de don Luis de Aro; i el coronel tenia un miedo serval, a pesar de ser un bravo entre los bravos, para oponerse de frente a un sentimiento sório de su hija.

Abelina, con esa finura característica de la mujer que ama, i con su talento natural i su rara cultura, habia comprendido todo el alcance i vuelo del alma de don Luis; habia comprendido toda

la nobleza que se albergaba en su corazón; había admirado las doctrinas sencillas que hacían su credo moral i relijioso. I todo esto, como decirse suele, a vuelo de águila; pues, en las dos ocasiones en que don Luis había estado en la quinta, no podía haber tenido lugar de presentarse por entero, bajo estos aspectos, a los ojos investigadores de un observador curioso. Pero, Abelina, no había necesitado grandes discursos para adivinar a don Luis; i le bastaron las pocas, pero chispeantes palabras de su amena conversacion; le bastaron algunos juicios sembrados aquí i allá sobre diversas situaciones sociales; le bastaron, en fin, algunos sentimientos espresados con lacónico i convencido acento, i sobre todo esto, la variedad de conocimientos positivos, tan completamente poseidos, que de sus naturales i sencillas esplicaciones, se destellaba tanta luz, que los espíritus ménos preparados podían comprender verdades verdaderamente abstractas al son de una conversacion corrida i sin pretension alguna. Todo esto, la hermosa Abelina, lo había comprendido, abarcado, apreciado en toda su estension; i había sentido llenar su alma en la contemplacion de un hombre que realizaba para ella todo un bello ideal. I por una combinacion feliz de dos naturalezas análogas, Abelina se sentía tranquila i serena respecto a su amor: se creía igualmente amada por don Luis de Aro, i por un movimiento inesplicable de su corazón, tenía la misma conviccion que hemos hecho notar en don Luis, es decir, creía imposible un antagonismo que le robase su amor.

Pero, hemos dicho que había trascurrido una semana de la visita segunda hecha al coronel don Carlos por el doctor Alfieri i don Luis de Aro.

En efecto, durante esta semana, pasaron en casa del doctor algunas cosas, que comenzaron a fijar sobre ellas la atencion de ciertas jentes.

El doctor Alfieri se había recojido fuera de toda costumbre, tres veces en la semana, a horas muy avanzadas de la noche; i una de ellas, cuando el sol comenzaba a romper la densa oscuridad del cielo, se separó en la puerta de su casa de un hombre de sospechosa trasa, envuelto cuidadosamente en un largo poncho i cubierto de un sombrero de paja de anchas alas, que cubría por completo su fisonomía a los ojos de los curiosos. Además, se había parado mientes, en que el doctor, cuya tranquila i apacible vida se había hecho notar en tal sentido, aparecía ahora inquieto i movedizo, fuertemente preocupado, i visitado en las oraciones, por cierta

jente sospechosa, por el estilo del hombre del poncho i del sombrero ancho. Una noche, un carruaje, dejó ver una señora vestida de negro i cubierta por un denso velo, que esperó, sin descender del coche, al bueno del doctor, quien salió precipitadamente, se colocó al lado de la desconocida, i el vehículo partió, perdiéndose en la oscuridad. Esa noche, fué cuando el doctor volvió al amanecer acompañado del hombre del poncho i del sombrero ancho.

Miéntas tanto, todas las mañanas, se veía salir de casa del doctor a un jóven de hermosa figura, de sencillo i elegante traje, de aspecto mas que preocupado, del todo abstraído, en profundas meditaciones, en términos de no fijar sus miradas ningun objeto determinado. Este jóven dirijia sus pasos hácia la quinta del coronel; pasaba frente a la puerta, cerrada a esas horas, i que sin embargo, era el único punto en que descansaban sus ojos; i luego, a poco andar, volvía sobre sus pasos, viniendo derecho i con lento andar por el mismo camino recorrido. Este jóven, era, como lo habrá conocido el lector, el enamorado don Luis de Aro, que entraba a casa del doctor de vuelta de su matutino paseo, precisamente cuando salia de ella la cocinera para traer las cosas de la plaza. Don Luis no se dejaba ver en las calles el resto del dia, i se encerraba largas horas en el escritorio del doctor, pasando el resto en un cuarto desmantelado donde habia tan solo una mesa de madera blanca en el centro i dos sillas de paja al rededor. Pero, si en esta habitacion no habia otros muebles que los espresados, habia aglomerados en ella algunos aparatos de física i algunos elementos de química repartidos por el suelo sin órden ni concierto. En este cuarto, don Luis se encerraba, echándose cuidadosamente llave, i no recibiendo mas luz que la que pasaba al traves de los vidrios pintados de blanco de una ventana que daba al segundo patio de la casa. Al salir de este cuarto, don Luis llevaba siempre algo en la mano, conduciéndolo al escritorio del doctor, donde se encerraba de nuevo con la misma precaucion de ponerse llave.

Unicamente el doctor tomaba parte, aunque no con frecuencia, en ese órden de trabajos a que don Luis parecia entregado, i cuando salia del cuarto desmantelado, o cuando concluian las largas encerronas en su escritorio, se le veía sonreir con cierta satisfaccion, i dirijir a don Luis palabras de caloroso aplauso.

—;Magnífico! le decia un dia en alta voz, si el resultado corresponde a lo demas, serás rico, i de un golpe te habrás encumbrado a los cuernos de la luna!

I refregando las manos en señal de contento nervioso, el doctor se iba, al parecer, a otro jénero de quehaceres.

Visto estaba, en la casa del doctor Alfieri se trabajaba con actividad e ingenio, i se hacian cosas que anunciaban talvez cambios no lejanos.

## VIII.

### PRESENTIMIENTOS.

En la quinta del coronel don Cárlos, no habia nada que hiciese presumir novedad ninguna con relacion a su normal estado, i la semana trascurió, como habian trascurrido otras muchas.

Pero si es verdad que el órden visible estuvo inalterado, talvez no seria posible decir lo mismo si nos hubiese sido dado penetrar al corazon de sus moradores.

Jamas el coronel habia visto en su hija un solo movimiento inesplicado, una sola situacion indecisa. Si alguna vez sus ojos se fijaban con insistencia en un lugar, si alguna vez pareció pensativa i distraida, la vista de una hermosa flor, de un paisaje, o de un detalle natural, o un libro abierto delante de sí, una pintura, un bordado o mil otros objetos, daban siempre cuenta clara del estado de su espíritu.

El coronel tenia costumbre de leer en el alma de Abelina, como en un libro bien impreso.

Pero, en esta vez, esa claridad habia desaparecido, i ya no bastaban a esplicar sus profundas distracciones los objetos que la rodeaban, porque no los miraba; de suerte, que se convirtieron en vanas indicaciones, libros, cuadros, flores, paisajes, i todo aquello que en otro tiempo satisficiera las aspiraciones de su alma. I, ¿cuáles podian ser los motivos de tales distracciones, de tales meditaciones? Aunque los motivos podian en rigor ser muchos, el coronel les atribuyó un oríjen único. Este modo de razonar, aunque no es un modelo de razonar, es sin embargo el que se estila; i aunque con él no siempre se asierta, lo cierto del caso es, que el coronel no se equivocó al pensar que don Luis de Aro, i no otro motivo, era el causante de las distracciones de Abelina. Hai en el corazon de los que aman, una luz secreta que alumbrá el porvenir; i los padres son los que mas aman.

El coronel no tuvo jamas reservas con su hija. Jamás atravesó

por su mente un pensamiento serio, sin comunicarlo, sin comentarlo de todos modos con su querida Abelina. I por su parte, Abelina, hizo siempre otro tanto con su padre.

No podia, pues, subsistir por mucho tiempo un misterio entre el coronel i Abelina; i si tal cosa sucedia, debia pensarse que algun motivo importante habia para ello.

Así pensaba el coronel, i con razon, pues una tarde, algunos dias despues de la última visita de don Luis, se hallaba aquel con su hija en el mismo sitio en que recibieron al doctor con don Luis de Aro en la primera vez. Abelina tornando sus ojos hácia la avenida por la cual apareció don Luis en aquella ocasion; dió un suspiro, i siguió distraida mirando en la misma direccion. El coronel la observaba con el mayor cuidado; i ella no manifestó la menor preocupacion porque se la observase. Obraba con tal naturalidad, que se habria podido asegurar que realmente no sabia guardar misterios en su corazon, i que estaba lista a ser examinada hasta el fondo de su alma por el ojo anhelante de su querido padre.

—Dime, hija mia, repuso con dulzura el coronel, ¿en qué estás pensando tan distraida?

Volvió Abelina sobre sí, i con la naturalidad que caracterizaba todos sus movimientos, hizo como un esfuerzo por recordar, i poniéndose encendida vivamente, contestó sonriendo con cierta calma i sosiego.

—Pensaba en la primera vez que vino a la quinta don Luis de Aro en compañía del doctor Alfieri.

—Así me lo sospechaba, dijo el coronel, dando un suspiro.

Abelina se allegó a su padre; pasó su mórbido brazo por su cintura, e inclinando su graciosa cabeza sobre el hombro del viejo coronel.

—¿I qué hai de malo, replicó, en que yo recuerde a don Luis de Aro, si ese recuerdo me agrada?

—¿De malo? nada... pero... pero...

—Pero ¿qué?

El coronel, por toda respuesta, tomó la cabeza de su hija entre sus manos, i aplicó sobre su pura frente un ardiente i detenido beso. Abelina sintió caer sobre sus mejillas, dos calientes gotas líquidas. Miró a su padre a la cara, i vió el viejo semblante del veterano, teñido de carmin i surcado por gruesas lágrimas. Abelina abrió

sus brazos; otro tanto hizo en silencio don Carlos; i ámbos se estrecharon en un íntimo abrazo, sin decir ni una palabra.

## IX.

## MARÍA

Hemos narrado con la fidelidad que nos ha sido dado, lo trascurrido en la semana que siguió a la segunda visita de don Luis a la quinta de don Carlos.

Veamos qué hubo el último dia de esta semana.

Era un juéves; dia en que el doctor Alfieri acostumbraba visitar la quinta.

Desde muy temprano, Abelina pareció mas preocupada que de ordinario. A medio dia se encerró en su gabinete de vestir, i ocupó en el arreglo de su persona mucho mas tiempo que el de costumbre, saliendo naturalmente, mucho mas hermosa, si posible era esto en una criatura como Abelina, en la cual hasta el desaliño i el descuido eran en realidad un verdadero adorno, pues Abelina era bella i graciosa aun en contra de todas sus previsiones.

—Picaruela, le dijo el coronel, cuando la vió salir de su retrete de vestir admirablemente bella; hoy talvez viene el doctor, en compañía de don Luis, por eso te has asicalado con tanto esmero...

—Es claro, contestó riendo Abelina, quiero que él se acuerde de mí, como yo me acuerdo de él.

El coronel dió un profundo suspiro i la estrechó tiernamente entre sus brazos.

—Yo no queria, le dijo al oido, que nadie en el mundo llamase la atencion de tus hermosos ojos; pero hoy, yo mataria a don Luis de Aro si fuese tan estúpido que no te amase.

—Eso no puede ser, replicó riendo juguetonamente Abelina, dándole una blanda i cariñosa palmada en la mejilla, porque no debe descarse mal a nadie, viejecito mio...

El coronel se contentó con besar a su hija en la frente, i con sonreírle dulcemente, sin embargo, que se podia entrever al travez de esta sonrisa, que allá en el fondo del alma, corria un mar de amargas lágrimas.

Abelina se desprendió de los brazos de su padre, i ámbos se dirijieron hácia el salon. En este salon, entre las dos ventanas que habia dando luz del patio, se veia un hermoso cuadro orijinal de

Monvoisin, representando al coronel don Carlos i a su esposa, en una época en que aquel tenia 15 años ménos, i ésta representaba a lo mas sus treinta i cinco.

Monvoisin era un artista; i aunque solia decir que hacia monedas en forma de caras humanas, solia de cuando en cuando producir verdaderas obras maestras.

El retrato de don Carlos i su esposa, era una de esas. Don Carlos contemplaba a su esposa, con sus brazos cruzados sobre el pecho i afirmado en su mesa de escritorio. Habia amor, habia confianza, habia lealtad en la espresion de don Carlos. Su esposa, entre tanto, le sonreia dulcemente reclinada en un rico sillón de terciopelo carmesí i jugando con un hermoso abanico de plumas blancas.

Abelina se detuvo delante de este cuadro, i dijo riendo a su padre.

—Hé ahí, querido viejecito, como yo querria que se pintase otro cuadro, en el que, en lugar tuyo, estuviese don Luis de Aro, i yo en lugar de mamá.

Iba talvez el coronel a responder algo, cuando sonó la campanilla del llamado de afuera. Pero esta campanilla sonó vacilante, como si una mano timorata, una mano cobarde hubiese asido del cordón. Era evidente, no era una persona de valia la que llamaba. No era una persona que está segura de ser bien recibida la que se anunciaba; era, por el contrario, alguien que dudaba si seria admitido, que temia ser rechazado.

Esta observacion parece que la hicieron simultáneamente el coronel i Abelina, pues ámbos suspendieron la palabra.

No era el coronel hombre de detener la espresion de su pensamiento por un ruido estraño; pero, hablaba con su hija, i el coronel, tratándose de ella, no habia ningun jénero de delicadezas, ni consideraciones que no tuviese. Se contuvo, pues, un instante, durante el cual entró un sirviente, i con aire respetuoso, dijo a Abelina.

—La *pobre* de la señorita es quien ha tocado la campanilla.

Abelina rió con espresion anjelical.

—Voi en el acto, dijo. Dios me envia un ser desgraciado cuando espero ser feliz i debo atenderlo con cariño.

Diciendo así, dejó violentamente el brazo del coronel i echó a correr.

El coronel la siguió con lentos i graves pasos. Habia en la es-

presion de sus miradas, eso que brilla en los ojos en los momentos en que las almas de los héroes se revelan i ponen de manifiesto. Toda la bravura del hombre de 810, toda la siniestra serenidad i la reposada decision del héroe i del mártir, salia a sus pupilas. Pero los grandes sentimientos en igualdad de intensidad tienen espresiones diferentes, segun se refieran a la patria, al hijo, a la madre, a la esposa, al amigo. Un matiz de ternura, un acento de orgullo, un movimiento de soberbia o de celos, hacen cambiar la forma de las manifestaciones exteriores de aquellos grandes sentimientos.

El coronel estaba pálido. Sus ojos parecian prontos a verter una lágrima. Parecia violentamente resignado; resueltamente resignado; pero, resignado sin perder del todo una cierta lejana esperanza, algo mui ténue, mui remoto, pero tan real que dejaba su rastro.

El coronel no conocia a la *pobre* favorita de Abelina, i deseó conocerla.

Abelina habia salido al corredor del primer patio, i conversaba familiarmente con un ser indescriptible.

El coronel se aproximó, i sin poderlo evitar retrocedió violentamente.

Habia visto algo, que llevó a su fisonomía una espresion de horror; i ese algo, era tanto mas horrible, cuanto tenia a su lado como punto de comparacion la penetrante belleza de Abelina.

Era una mujer pequeña i deforme; envuelta en arapos sucios i con una enfermedad espantosa: tenia unos labios morados i abultados extraordinariamente, monstruosamente, en términos de hacer un volúmen poco ménos que el resto de la cara; i allá, en lo hondo, al traves de esos enormes labios, se divisaba una lengua carbonizada, negra como la tinta, de aspecto seco como una zuela, i de contraste, dos blancos, mui blancos cormillos superiores, uno a cada lado.

Este ser misteriosamente horrible, pronunciaba en ese instante algunas palabras con una voz ronca i gutural, desapasible, antipática i rechazante como todo él.

¿De qué modo Abelina podia tener simpatía para ese monstruo de miserias?

Hai en la lei de los contrastes, fenómenos análogos que pueden dar cuenta de semejante, al parecer, anomalía.

La misma lei quizás que hace en el elefante amar a un pe-

queño caballito, al león a un pequeño faldero, al tigre a un pequeño galguito, como se vé en París en el jardín de plantas, lo grande vé, con cariño a lo pequeño; i la grande i esplendorosa belleza de Abelina, la inclinaba talvez a ver con caridad cariñosa a ese monstruo repugnante de la lengua negra.

El coronel don Carlos, hemos dicho que retrocedió al contemplar tan horrible figura, i al retroceder se le escaparon algunas palabras de horror.

—Amita, dijo el monstruo a Abelina, el amo se espanta de su pobre, pero la amita tendrá caridad de mi desgracia, ¿no es así?

—Pobre María, dijo Abelina, con el acento de la profunda conmiseración, yo te haré bien i te sostendré como pueda. . . .

El coronel volvió sobre sus pasos i miró al monstruo con curiosidad.

—¡Cuánta miseria! dijo entre dientes.

Los ojos de María se alzaron al viejo veterano con una expresión fría, helada, cavernosa. Parecía haber oído las palabras de don Carlos.

Este permaneció un instante pensativo; i luego, acercándose a su hija.

—¿Mucho te interesas por esa pobre? preguntó con acento dulce i conmovido.

Abelina alzó sus hermosos i húmedos ojos, i con un suave movimiento de cabeza, contestó afirmativamente.

—Bien, dijo don Carlos; desde hoy María, vivirás en casa.

Abelina miró con gratitud a su padre. Si en su alma hubiese estado libre de los sentimientos que en ese instante reboaban en ella, Abelina habría penetrado en el fondo del corazón del viejo coronel; pero la joven no vió mas que un sentimiento de dulce caridad hacia su pobre i de cariño hacia ella.

María pareció querer sonreír, pero el abultado horrible de sus facciones, lo impidió.

---

---

# LA VIDA.

## SUS PRINCIPALES ATRIBUTOS

SEGUN AUGUSTO COMTE (1)

(CONFERENCIA DADA EN LA SOCIEDAD FILOTÉCNICA LATINO-AMERICANA)

---

La naturaleza viva i la naturaleza muerta, he ahí el eterno dualismo que nos presenta el espectáculo exterior. El mundo i la vida a los que todos nuestros estudios se refieren, son dos fenómenos esencialmente distintos, bien que ligados entre sí por una estrecha dependencia. Esta dependencia está léjos de demostrar su similitud, ni ménos que el uno sea producto del otro, pues, si es cierto que la vida no puede existir sin el mundo, éste puede estar desprovisto de aquella, condicion que mui probablemente se realiza en alguno de los planetas. La existencia inorgánica i la existencia orgánica marchan paralelamente la una a la otra, trabando relaciones íntimas entre sí, pero conservando cada una de ellas una autonomía i un carácter propios.

---

(1) Este trabajo es estraído del capítulo tercero de la Introduccion fundamental de la *Politica Positiva*. Augusto Comte demuestra ahí de hecho la eficacia del método subjetivo o la reaccion favorable de las ciencias superiores sobre las inferiores. La moral i la sociología permitieron a Comte construir definitivamente la *teoria abstracta de la vida*.

Esta concepcion dualista es enteramente moderna. Ella es debida sobre todo a los inmortales trabajos del siglo pasado i de principios del presente, que echaron los cimientos de la biología o ciencia de la vida.

La teología primitiva, esto es, el fetiquismo primitivo unificaba todos los fenómenos de la naturaleza, asimilando los seres inorgánicos a los seres vivientes. Para el fetiquista, todo en la naturaleza tenia vida i voluntad, así que para él desaparecia la distincion entre los seres animados i los seres inanimados. I era lógico que así pensara, pues estando en la ignorancia mas completa de las leyes del mundo material, aplicaba a éste los conocimientos que tenia sobre su propio ser, marchando así de lo mas conocido a lo ménos conocido, como lo ordena toda buena lógica. El se veia dotado de movimientos, i estos provenian de sus sentimientos; i de su voluntad; era natural entónces que atribuyera la actividad que notaba en la materia, a unos sentimientos, i a una voluntad semejantes a los suyos.

Así se fundó la primera unidad subjetiva (es decir, emanando de la consideracion del hombre) entre nuestras concepciones.

Pero apénas comenzó a desarrollarse la ciencia positiva, los filósofos no tardaron en construir la unidad objetiva entre todas nuestras concepciones, por oposicion a la unidad subjetiva teológica. En efecto, una vez conocidas las leyes de los fenómenos mas elementales de la naturaleza, es decir, los fenómenos mecánicos i físicos, se quizo aplicar este conocimiento a la esplicacion de los fenómenos de la vida. Así ésta era esplicada, o por la atraccion de los atomos, o por la combinacion i movimientos complejos de las moléculas. Esta concepcion unitaria se ha prolongado hasta nuestros dias; ella constituye lo que llamamos el *materialismo*, que pretende reducir todos los fenómenos a uno solo, al de atraccion, por ejemplo. Augusto Comte, con esa profundidad que caracterizaba su jénio, veia el materialismo en esa tendencia de las ciencias inferiores a usurpar el dominio de las superiores, intentando aplicar las leyes que convienen solamente a los fenómenos mas simples i ménos elevados, a los fenómenos mas complejos i mas elevados, que exigen leyes particulares i una ciencia aparte.

El subjetivismo primitivo eleva la materia bruta al rango i dignidad de la vida. El materialismo rebaja la dignidad i la elevacion de la vida hasta la simple condicion de la materia bruta. El subjetivismo teológico cayó cuando fueron conocidas las leyes

del mundo físico. El materialismo cae también cuando se conocen las leyes de la vida i del mundo moral. A ellos sucede ahora el positivismo, mas real que ambos, i mas digno i elevado que el materialismo.

Como la concepcion materialista, o la tendencia a concebir la vida como un producto del mundo, conserva aun un grande imperio sobre muchos espíritus, es menester mostrar que la biología moderna le ha dado un golpe de muerte. A la concepcion unitaria de todos los fenómenos correspondia una concepcion concreta de todos los seres existentes, que establecia entre todos ellos una inmensa escala de una insensible gradacion. *Natura non facit saltum*, era la idea dominante, i así se estableció la division de la naturaleza en tres reinos: *el reino mineral, el reino vegetal i el reino animal*. En esta concepcion, el reino mineral estaba tan cercano del vegetal como éste del animal.

Pues bien, la biología moderna ha destruido por completo esa antigua division, estableciendo una diferencia capital entre el mineral i el vegetal, i acercando a este último al animal. A la concepcion ternaria reemplaza la concepcion binaria de los dos reinos: *el reino inorgánico i el reino orgánico*. El primero comprende solamente los minerales; el segundo abraza a un mismo tiempo los vegetales i los animales, pues ambos poseen la vida. Un abismo separa la naturaleza animada de la naturaleza puramente física o inerte. A las propiedades del orden físico, los seres vivientes añaden las propiedades de un orden esencialmente vital.

Este dualismo fundamental entre el mundo i la vida, basta para arruinar la unidad exclusivamente objetiva que los materialistas se empeñan en dar a todas nuestras concepciones. Pero no es esto todo. Cada una de las ciencias mantiene la distincion i especialidad de los fenómenos que estudia. Así los fenómenos de luz, sonido, calor, electricidad i magnetismo, no son considerados por los físicos como fenómenos de atraccion, que estudian los astrónomos. Lo mismo las combinaciones químicas que, si bien dependen de los fenómenos físicos, no se confunden con ellos i exigen un estudio aparte. Igual cosa sucede con los fenómenos vitales, sociales i morales, que, complicándose i especializándose progresivamente, necesitan tres ciencias distintas que analicen i coordinen cada una de ellas el grupo de fenómenos correspondientes. Si a todo esto añadimos la ciencia que está en la base del saber humano i que estudia los fenómenos del número, de la estension i del movimiento, tendre-

mos constituidas las siete ciencias fundamentales perfectamente distintas: la matemática, la astronomía, la física, la química, la biología, la sociología i la moral.

La unidad objetiva de nuestras concepciones científicas, es pues imposible; el mundo es demasiado complicado para ello. I siendo esto así ¿cómo realizar entónces esa unidad en los conocimientos que nuestra mente busca sin cesar, i cómo establecer entre todas las ciencias un lazo que las ligue estrechamente i haga de ellas un conjunto armonioso? Esa unidad no puede ser sino subjetiva, es decir, tomada de la consideracion del hombre; pero no a la manera absoluta de los fetiquistas que trasportaban las concepciones humanas a la concepcion del mundo físico, lo que les impedía ver la realidad, sino destinando todos nuestros estudios al conocimiento supremo, el conocimiento del hombre. En efecto, la mas importante de todas las ciencias, el objeto final del saber, es la moral o conocimiento de la naturaleza humana. *Nosce te ipsum*, ha repetido la filosofía desde la mas remota antigüedad. *Conócete a tí mismo, para mejorarte*, ha agregado Comte, completando así la fórmula sublime de la sabiduría antigua.

Pero para conocer al hombre, es necesario conocer la sociedad en que vive i se desarrolla, i de la cual está en estrecha dependencia; i de ahí la necesidad del estudio de la sociología o ciencia social. A su vez esta ciencia, que trata de un organismo colectivo, cuyos miembros están sometidos a las leyes de la vida, exige una apreciacion exacta de estas leyes, cuestion de que se ocupa la biología o ciencia de la vida. Consideraciones de un orden semejante demuestran que la biología no podía ser una ciencia mientras la química, la física i la astronomía no se hubieran elevado al rango de tales. Los fenómenos vitales están bajo la influencia inmediata de los fenómenos químicos, físicos i astronómicos. Mas aun, la sociología misma i por consiguiente la moral, depende directamente de estas tres últimas ciencias, pues ellas forman la *Cosmología* o estudio de la tierra, teatro donde se desarrolla la Humanidad, del que depende su subsistencia, i al qué está limitada toda su accion. Creemos casi inútil señalar la importancia de la matemática para el estudio i progreso de todas las ciencias, pues es el principio de todo el saber i el mas poderoso instrumento de raciocinio.

Así, pues, siendo la moral la ciencia principal, i exijiendo su estudio el conocimiento de las demas ciencias, se encuentran éstas naturalmente destinadas i subordinadas a aquella. Es decir, que

no debemos estudiar las ciencias inferiores, sino en tanto que ellas puedan ilustrar el conocimiento del ser humano, o servir a la acción del hombre sobre la naturaleza. El lazo de unión de las ciencias está por consiguiente en su justa subordinación a la moral, subordinación que las eleva i dignifica, pues quedan consagradas al servicio permanente de la Humanidad. He ahí la unidad subjetiva o por destinación, que Comte estableció entre todas las ciencias.

En el fondo, decía nuestro incomparable maestro, no hai sino una sola ciencia, la ciencia de la humanidad; las demas no son sino preparaciones necesarias para llegar hasta ella.

Esta síntesis subjetiva da una dirección determinada al estudio de las ciencias, indicando a cada una de ellas los problemas mas importantes que tiene que resolver, problemas que deben interesar directa o indirectamente al conocimiento del hombre i de la humanidad, o estar destinados a la acción de ésta sobre el mundo exterior. Sin esta dirección, los estudios caen en una desastrosa especialidad, i se pierden en la solución de problemas inútiles. Las fuerzas intelectuales son raras i preciosas, i por lo mismo los que las poseen tienen grandes deberes que cumplir; no deben desperdiciarlas en investigaciones que no interesen al bien social, i si emplearlas en resolver aquellos problemas que la humanidad presenta como mas importantes en cada época de su evolución natural. Así en la actualidad, el deber de las mas poderosas inteligencias está en dedicarse a las altas cuestiones que la biología, la sociología i la moral les presentan i que las exigencias sociales reclaman. Formar, consolidar i propagar un sistema completo de educación, una nueva doctrina jeneral es la gran necesidad de la época presente, en que la sociedad ha abandonado la antigua creencia i sufre las consecuencias penosas de la falta de profundas convicciones mentales i morales. Bien culpables son, en estas circunstancias, las altas inteligencias que pasan su tiempo en resolver problemas de geometría o en contar los nebulosas del cielo.

Hé ahí el carácter de la síntesis subjetiva de Augusto Comte. En ella, la suprema dirección de nuestros estudios esta justamente confiada a la mas elevada de todas las ciencias, la moral.

De las ciencias preliminares o preparatorias, una de las mas importantes, es, sin duda alguna, la biología. Ya la hemos visto producir una profunda revolución filosófica, estableciendo un dualismo fundamental en las concepciones humanas. Ella introdujo además la noción capital de la relatividad de todos nuestros cono-

cimientos, pues éstos dependen no solo del mundo exterior, sino tambien de las condiciones de nuestra organizacion. Así un sentido mas nos haria probablemente conocer una nueva propiedad de la materia, como uno ménos, el de la vista, por ejemplo, nos privaria del conocimiento de los fenómenos de la luz. Por último, la biología constituye una introduccion necesaria i directa de la sociología i de la moral.

La concepcion de la vida i de sus atributos fundamentales forma la parte principal de la biología. *La teoría abstracta de la vida* será pues el objeto especial de nuestra conferencia, siguiendo en todo la admirable esposicion de Augusto Comte en su *Política Positiva*.

El primer atributo fundamental de la vida, que la define, por decirlo así, es esa *continua renovacion material*, ese movimiento perpétuo de asimilacion i de desasimilacion que caracteriza a todos los seres vivientes. Pasad de los vejetales inferiores a las plantas mas vigorosas, de ahí a los animales de mas sencilla organizacion, llegad hasta los animales superiores i hasta el hombre mismo, recorred así toda la escala de la vida, i siempre encontrareis en la intimidad de los tejidos de cada organismo ese vaiven continuado de las moléculas que lo componen. La forma, la estructura i las propiedades del organismo permanecen siempre las mismas, pero sus elementos materiales se renuevan sin cesar. Este fenómeno de composicion i de descomposicion a que están sometidos todos los seres vivientes, establece ya su íntima independenciam del medio en que viven. El organismo i el medio son dos concepciones que deben ir estrechamente ligadas en biología. El organismo saca todos sus materiales del medio exterior; por la asimilacion pasan a formar parte constituyente de sus tejidos; por la desasimilacion i las excreciones vuelven otra vez al medio exterior. Así se realiza esa admirable circulacion de la materia, que de la tierra penetra en el vegetal i de éste en el animal, para volver de ámbos nuevamente a la tierra.

La nutrición es un atributo esclusivo del ser organizado; los cuerpos inorgánicos no necesitan ni presentan esa renovacion incesante de materiales.

Los mas altos atributos de la vitalidad, el pensamiento, el sentimiento i la actividad, están bajo la dependencia de esa vida universal esencialmente nutritiva, pues solo los encontramos en los seres dotados de nutrición. (Los cuerpos inertes no los poseen.)

Mas aun, tan pronto como cesan los fenómenos nutritivos, cesan tambien en los organismos superiores las funciones intelectuales i morales. Nadie ignora que nuestros pensamientos se detienen instantáneamente si se impide llegar hasta el cerebro la sangre, que le lleva los elementos de su nutricion. Pero todo eso no prueba de ninguna manera que los fenómenos intelectuales i morales deriven o resulten de los fenómenos nutritivos, pues hai numerosos seres dotados de nutricion, los vejetales por ejemplo, que no manifiestan esas altas facultades. El único resultado positivo es que éstas dependen de aquellos, confirmando así la lei que se observa en todo el órden universal: que los fenómenos mas nobles dependen de los ménos elevados.

La renovacion material a que están sujetos todos los seres vivientes, i por consiguiente el hombre, tiene una importancia capital en sociología; pues esta necesidad de alimentacion para conservarse estimula continuamente el egoismo fundamental del hombre, i de ahí el difícil problema social de la subordinacion del egoismo a los impulsos simpáticos o altruistas. Comte, en su estática social, muestra cuánto mas fácil seria la solucion de ese problema en la hipótesis de que la respiracion bastara para nuestra subsistencia. Ademas, era necesidad ineludible la direccion de nuestra principal accion colectiva: la produccion i conservacion de los materiales nutritivos.

De esta propiedad fundamental de todo ser viviente, pasamos naturalmente a los otros dos atributos conexos de todo lo que tiene vida. Es el primero, *el desarrollo que se termina por la muerte*, el segundo, *la reproduccion que perpetúa la especie*.

En todo ser viviente observamos que el doble movimiento de asimilacion i de desasimilacion describe una inmensa curva, en que primeramente el movimiento de asimilacion sobrepuja al de desasimilacion, de donde resulta el crecimiento, en seguida establécese el equilibrio entre ámbos, i triunfa mas tarde el de desasimilacion, hasta el punto en que la existencia se hace imposible. Vemos pues que todos los seres organizados nacen, crecen, envejecen, i finalmente mueren.

La muerte; hé ahí la segunda lei de biología jeneral, que establece otra diferencia capital entre el ser viviente, que solo posee una existencia limitada, i el ser puramente material, dotado de una existencia indefinida.

Esta segunda lei depende e implica la primera, es decir, la re-

novacion orgánica; la muerte no puede concebirse sin la vida, pues es la cesacion de ella. Pero la recíproca no es igualmente exacta, porque bien podríamos concebir que el doble movimiento de composicion i de descomposicion persistiese indefinidamente, dando así a todos los seres una eterna juventud. La muerte no es una consecuencia de la vida, no se deduce del principal fenómeno vital, es un hecho inductivo que debemos anotar sin poderlo explicar jamas.

Mas estrecho enlace existe entre esta segunda lei i la tercera, es decir, entre *la muerte i la reproduccion*, porque sin ésta todas las especies se extinguirían. Pero con todo, bien podrian continuar, naciendo directamente de los materiales inorgánicos, como lo suponía la injénua imajinacion de los pueblos primitivos. Esta lei, si no es un resultado de la anterior, la necesita a lo ménos, pues si los seres vivientes no murieran, la reproduccion los multiplicaria de tal modo que haría imposible i contradictoria su existencia.

Todo ser animado proviene de otro ser animado. Solo la vida es capaz de enjendrar la vida. Esta es una proposicion fundamental de biología, que en vano el materialismo ha tratado de destruir. Harvey la habia ya formulado en su célebre aforismo: *omne vivum ex ovo*; pero como la sola ovulucion no comprende todos los modos de reproduccion, Augusto Comte ha dado a esa fórmula la redaccion siguiente: *omne vivum ex vivo*. La vida viene de la vida.

Esta propiedad de todo ser viviente de reproducir su semejante echa un abismo profundo entre el mundo i la vida. Nunca se dirá que el mineral nace de otro mineral, i sobre todo jamas se ha visto que la sustancia inorgánica haya producido un ser dotado de vida.

La muerte i la reproduccion ejercen una grande influencia en la existencia i desarrollo de la humanidad. A la primera es debida una de las condiciones esenciales del progreso, pues las nuevas jeneraciones traen siempre un espíritu innovador, en tanto que la muerte hace desaparecer los elementos demasiado conservadores. La rapidez del movimiento social está ligada a la continua renovacion de los órganos individuales de la humanidad. De la reproduccion depende el fenómeno fundamental de la continuidad histórica. Siendo hijos de nuestros padres tenemos que poseer mas o ménos sus mismas cualidades, i tan solo podemos aumentar la herencia que nos han trasmitido. Cada jeneracion tiene que apoyarse en los trabajos de la anterior para preparar el porvenir. I así se comprende la injusticia de los revolucionarios que condenan una grande época de la historia, la edad media, como tambien la de los

católicos que condenaron la antigüedad. Corresponde al positivismo, a la religión definitiva, hacer plena justicia a todas las edades, i restablecer así la continuidad social.

Estos tres atributos, a saber: 1.<sup>o</sup> *renovación orgánica*, 2.<sup>o</sup> *destrucción individual* i 3.<sup>o</sup> *conservación de la especie*, forman el *primer grado de la vida*, común a todos los seres organizados. Ellos son la base sobre la cual se elevan los mas nobles atributos de la animalidad. Por los dos primeros se establece esa dependencia íntima entre el organismo i el medio en que vive. Continuamente recibimos del mundo exterior los elementos de nuestra nutrición, i continuamente se los estamos devolviendo. Todo nuestro cuerpo no es mas que un préstamo que tomamos a la tierra i que tarde o temprano tenemos que devolverle.

Los vegetales no manifiestan sino este *primer grado de vida*. Nutrición, desarrollo i muerte, i reproducción, constituyen todos los fenómenos de la vegetalidad. En compensación, el fenómeno de nutrición posee en los vegetales una grande energía, pues son los únicos seres capaces de transformar directamente los materiales inorgánicos en sustancias orgánicas, propias a la vida. Ellos sacan todos los elementos de su nutrición inmediatamente de la tierra i de su doble cubierta líquida i gaseosa; lo que establece su completa independencia de los demás seres vivientes. En tanto que la animalidad i la humanidad necesitan de ellos para su subsistencia. Ellos elaboran los materiales inorgánicos a fin de que sean asimilables para el hombre, que, empleando así una menor fuerza de nutrición en asimilar materiales ya preparados, puede desarrollar las facultades superiores de la inteligencia i de la sociabilidad. Los vegetales, ha dicho Comte con admirable profundidad, son enérgicos aparatos nutritivos que preparan nuestras sustancias alimenticias. Aun mas, ellos purifican la atmósfera terrestre, nos dan fresca i dulce sombra, i adornan magníficamente el espectáculo de la naturaleza con sus majestuosas i encantadoras formas, i con la belleza de sus flores que deslumbran nuestra vista con sus májicos i variados colores. Ahora sentimos cuán bien guiado estaba el instinto de los fetiquistas primitivos en su adoración de las plantas. El catolicismo se sirve de ellas en muchas de sus ceremonias, sobre todo en el bello i tierno culto de la Virgen. El positivista las recordará tambien en el culto de la Humanidad, pues han sido i son su ayuda indispensable.

Entre la Humanidad i la vegetalidad existe una distancia tan

grande, que no podríamos ligarlas suficientemente, si entre ambas no hubiera un intermediario: la animalidad.

El modo de alimentacion marca ya la distincion entre la vejetalidad i la animalidad. El vejetal encuentra su alimentos preparados en el lugar en que está, los toma de la tierra misma; el animal no puede alimentarse sino de seres que han vivido ya, sea vejetales, sea animales mismos. Esta alimentacion manifiesta la superioridad del animal, porque estando esas sustancias alimenticias dotadas de un cierto grado de vitalidad, facilitan la nutricion i permiten el desarrollo de facultades superiores. Pero al mismo tiempo el animal está bajo la dependencia del vejetal, no puede existir sin él. Por el contrario, el vejetal no necesita del animal, i es probable que haya planetas en donde solo la vejetalidad se desarrolla, como sucedió talvez en un tiempo en el nuestro.

De la obligacion que tiene el animal de alimentarse de seres vivientes, resultan, segun una de las vistas mas admirables de Augusto Comte, los dos atributos fundamentales de la animalidad. Necesita primero saber distinguirlos de los otros cuerpos, de donde *la sensibilidad*; necesita en seguida tomarlos para asimilarselos, de donde *la contractilidad*. Sensibilidad i contractilidad, hé ahí dos propiedades vitales que alejan todavia mas la vitalidad del mundo inorgánico. Ellas constituyen la vida de relacion; por ellas en efecto se pone el animal en relacion con el mundo exterior, comienza a apreciarlo i a obrar sobre él. Gracias a los sentidos, nuestra intelijencia ha podido estudiar los fenómenos del mundo i formular sus leyes; gracias a los músculos, que son nuestro gran aparato de reaccion, hemos podido realizar las concepciones de la intelijencia i hacernos dueños i señores del planeta.

El gran Bichat estableció en los organismos superiores su admirable distincion entre la vida animal o de relacion, i la vida orgánica o de nutricion. La primera tiene por base la segunda; i en los animales inferiores vemos que la vida animal está solamente destinada a mantener la vida nutritiva. Pero a medida que los instintos i facultades se complican, sobre todo desde la separacion de los sexos, la vida de relacion va adquiriendo una destinacion ménos personal i mas elevada, hasta que en nuestra especie ella se pone al servicio de nuestras mas nobles facultades, i encuentra en él su mas dulce i feliz ejercicio.

Para darse cuenta de esta nueva destinacion de la vida animal, es menester saber que entre la sensibilidad i la contractilidad se

hallan colocados los instintos i la inteligencia, que forman la vida interior i la verdadera espontaneidad del animal. Estas funciones, anexas a porciones distintas del encéfalo, modifican las impresiones del exterior, i sobre todo impulsan al animal a obrar en tal o cual sentido. Todos los movimientos del animal son, en efecto, provocados por algun instinto. Estas facultades interiores no existen casi en los animales inferiores, así es que en ellos la accion del exterior es inmediatamente seguida de la reaccion interior. En los animales superiores no sucede igual cosa. Así, en el hombre, vemos que a veces soporta tormentos atroces sin manifestar la menor emocion. La vida interior se agranda a medida que nos elevamos en la escala de los seres, i alcanza su mayor intensidad en el hombre, gracias sobre todo a los inmensos progresos de la Humanidad. Entre los instintos propios de la animalidad, hai unos puramente personales o egoistas, i otros sociales o altruistas. De ahí nace que la direccion de la vida puede ser para la satisfaccion de la personalidad o de la sociabilidad, segun predominan unos u otros instintos.

Caracterizada ya sumariamente la animalidad, demos a conocer sus tres grandes leyes jenerales.

La primera, debida al jenio de Bichat, es *le loi de la intermitencia* de todas las funciones animales. Consiste en esa necesidad alternativa de actividad i de reposo en que se encuentran todos los órganos de la vida animal, tanto interiores (*cerebrales*) como exteriores (órganos de los sentidos, músculos, nervios). Mientras que el movimiento de nutricion no cesa un instante en el animal so pena de la vida, sus funciones de relacion, por el contrario, no pueden obrar continuamente, i están sometidas a la necesidad del reposo, de donde el fenómeno constante del sueño en toda la série animal. El placer consiste en la satisfaccion del ejercicio i reposo de las funciones de relacion, en tanto que la salud se refiere particularmente al buen estado del fenómeno de nutricion. El mundo exterior sirve siempre de base a estas funciones, sea como estímulo para la sensibilidad, sea como punto de apoyo para la contractilidad.

La segunda lei de la animalidad es la del *hábito*, puesta tambien en evidencia por el jenio de Bichat. Consiste en la aptitud a la reproduccion espontánea de las funciones periódicas; toda accion animal repetida tiende a reproducirse espontáneamente. Esta lei

no es sino un caso de la lei de filosofía primera (1) que dice: que todo estado estático o dinámico tiende a persistir espontáneamente sin ninguna alteracion, resistiendo a las perturbaciones exteriores. Un cuerpo lanzado en el espacio marcharia indefinidamente si no fuera por las resistencias exteriores que encuentra. La diferencia de este fenómeno mecánico con el fenómeno vital, es que la accion de aquel es continua, mientras que la de éste es discontinua en virtud de la lei de intermitencia. Pero esta circunstancia no es peculiar a la vida, la encontramos tambien en los fenómenos acústicos. Así una sala, una caja de resonancia se habitúan a los movimientos producidos por los sonidos, i al fin de cierto tiempo resueñan mejor.

La lei del hábito determina la continuidad de nuestra existencia, porque si las funciones no tendieran a reproducirse espontáneamente, el sueño bastaria para interrumpir nuestra continuidad i no nos permitiria proseguir las ocupaciones del dia anterior. Es tal el imperio del hábito en nosotros, que se acostumbra decir que es como una segunda naturaleza.

A esta lei del hábito lígase en las especies sociables la lei de la imitacion. Cabanis ha mostrado perfectamente que la facultad de imitar a otro tiene un mismo oríjen que la facultad de imitarse a sí mismo.

La tercera lei de biología animal, la del *perfeccionamiento*, se nos presenta como una consecuencia de la del hábito. Esta lei se aplica tanto al órgano como a la funcion, es decir, a la estática i a la dinámica animal. Todo órgano o aparato de la vida animal que se ejercita habitualmente se desarrolla i fortifica, por el contrario disminuye i aun se atrofia, si lo mantenemos en una inaccion demasiado prolongada. Bien sabemos el desarrollo que adquieren los músculos en ciertas profesiones. Así mismo toda funcion intermitente o de relacion, se hace de una manera mas perfecta i con mas facilidad a medida que mas se repite, de modo que al fin no nos apercibimos de su ejecucion, i se hace a veces completamente involuntaria. Es admirable el grado de perfeccion i de facilidad con que algunos obreros hacen las obras mecánicas mas difíciles.

Capital es la importancia de estas dos leyes en moral i en socio-

---

(1) Véanse las quince grandes leyes de filosofía primera, comunes a todos los órdenes de fenómenos, en el tomo cuarto de la *Política Positiva*, (páj. 173 a 181).

lojía. En ellas se apoya la moral para resolver el problema de la preponderancia del altruismo sobre el egoísmo. Es preciso reducir a su menor acción los instintos egoístas, i dar por el contrario todo el vuelo posible al ejercicio de los sentimientos simpáticos o altruistas.

Por último, de la combinación de la tercera lei de la animalidad, o del perfeccionamiento, con la tercera de la vejetalidad o de la reproducción, resulta una cuarta lei de biolojía animal, que es como una conclusión de todas las anteriores: la lei de la *herencia*, que trasmite por la reproducción los perfeccionamientos individuales. Esta lei puede aplicarse a todos los seres vivientes, pero su importancia es, sobre todo, notable en moral i sociolojía. Todos los perfeccionamientos intelectuales, físicos i morales que obten-gamos, se transmitirán a nuestros descendientes, mejorando así progresivamente los órganos i las funciones fundamentales del ser humano. De la misma manera, nuestras faltas, nuestras imperfecciones físicas i morales serán un fatal legado que dejaremos a nuestros hijos. Esta lei, según la expresión de Augusto Comte, tiende a hacer naturales las modificaciones que fueron al principio artificiales, trasmitiéndolas del individuo a la especie.

Hasta aquí no hemos examinado sino los dos primeros grados de la vitalidad: la vejetalidad i la animalidad. Sobre ámbas se eleva la humanidad, que solo adquiere toda la intensidad de la vida. A las leyes anteriores que le son comunes con los vejetales i animales, se añaden tres nuevas leyes. Estas, sin embargo, vénsen en jérmen en los animales, que poseen evidentemente todas nuestras facultades cerebrales. Es cierto que ellos han sido incapaces de formar un gran ser colectivo, con un pasado, un presente i un porvenir. Pero esta incapacidad es debida principalmente a la preponderancia de la humanidad, que ha impedido la formación de los otros seres colectivos. Para moderar nuestro orgullo de jefes del mundo animado, Augusto Comte acostumbraba decir que las especies animales eran verdaderas humanidades abortadas.

Aunque las leyes de la sociabilidad pertenecen propiamente a la sociolojía, nuestro cuadro de la vitalidad quedaria incompleto si no diéramos sumariamente las principales leyes de su grado mas eminente.

La primera es la célebre *lei de los tres estados*, descubierta por Augusto Comte: las concepciones humanas principian por el *estado teolójico*, en que todos los acontecimientos son atribuidos a seres

sobrenaturales; pasan en seguida por *el estado metafísico*, que es la única de las abstracciones, de las entidades personificadas (la naturaleza tiene horror al vacío); i por último, llegan *al estado definitivo o positivo*, en que, renunciando a investigar las causas íntimas de los fenómenos, nos limitamos a descubrir las relaciones de similitud i sucesion que existen entre ellos.

El complemento indispensable de esta lei está en la segunda o *lei de la clasificación*, que dice que nuestras concepciones pasan por los tres estados en un orden dependiente del grado de complejidad i de jeneralidad de los fenómenos a que se refieren. Llegan primero al estado positivo las concepciones que se ocupan de los fenómenos mas jenerales i ménos complejos, que son los matemáticos i astronómicos; en seguida las que se refieren a los fenómenos físicos, i así sucesivamente entran en la positividad la química, la biología, la sociología i la moral, despues de haber estacionado en la teología i en la metafísica.

La tercera lei sociológica concierne a la evolucion activa de nuestra especie: la actividad humana es desde luego principalmente guerrera, pasa transitoriamente (edad media) al estado de defensa, para consagrarse definitivamente a la industria. Réjimen guerrero, réjimen defensivo, réjimen industrial, son los tres caracteres principales de la evolucion activa de la humanidad.

Como resumen de las leyes de la vitalidad insertamos aquí el cuadro que M. Charles Robin publicó en 1857 en los *Elementos de fisiología* de Béraud:

**Cuadro sinóptico que resume la coordinacion de las leyes fundamentales de biología dinámica o fisiológica.**

VITALIDAD QUE PRESENTA TRES GRADOS, SUJETO CADA UNO A TRES LEYES.

- |                 |   |   |
|-----------------|---|---|
| I. Vegetalidad. | } | <p>1.<sup>a</sup> LEI.—<i>Lei de renovacion molecular o material</i>, que resulta de la nutricion de cada uno de los tejidos en particular, de donde calor, i quizas electricidad.</p> <p>2.<sup>a</sup> LEI.—<i>Lei de crecimiento</i>, que reposa sobre la propiedad de desarrollo, de donde las edades i la muerte.</p> <p>3.<sup>a</sup> LEI.—<i>Lei de reproduccion</i>, o multiplicacion.</p> |
|-----------------|---|---|

## II. Animalidad.

1.<sup>a</sup> LEI.—*Lei de intermitencia de accion* (la observacion muestra que por el solo hecho de existir, todo aparato animal tiene necesidad de ejercicio i de reposo alternativos), de donde accion sobre los seres exteriores.

2.<sup>a</sup> LEI.—*Lei del hábito i de la imitacion.*

3.<sup>a</sup> LEI.—*Lei de perfeccionamiento*, de donde progreso. La herencia resulta de la reproduccion i del perfeccionamiento.

## III. Humanidad.

1.<sup>a</sup> LEI.—*Lei de los tres estados*: teológico o ficticio, metafísico o abstracto, positivo o real.

2.<sup>a</sup> LEI.—*Lei de clasificacion* o de coordinacion i filiacion de los hechos.

3.<sup>a</sup> LEI.—*Lei de la actividad práctica*, guerrera, defensiva e industrial.

*El ser vegetal* está caracterizado fisiológicamente por la *vegetalidad sola* o primer grado de vitalidad; no posee sino sus tres leyes.

*El ser animal* está caracterizado por la *vegetalidad*, mas la *animalidad*, o segundo grado de la vitalidad que reposa sobre el anterior; posee las tres leyes de éste, mas tres que le son propias.

*El ser social* está caracterizado por la *sociabilidad*, o tercer grado de la vitalidad, que reposa inmediatamente sobre el precedente, como éste sobre el primero; está dotado de los tres grados de vitalidad, i sometido a las tres leyes de cada uno de ellos.

JORJE LAGARRIGUE.

Paris, 1.<sup>o</sup> de Arquímedes de 92 (Marzo 25 de 80).

---

# EL COMBATE HOMÉRICO

## POR VICENTE GREZ.

---

Este libro no es un romance sino la narracion verídica de un hecho histórico. No hai en él un solo detalle que no haya sido constatado. No inventamos una palabra. ¿I para qué? ¿Llegó jamás la imaginacion i la fantasía hasta donde llegó el heroísmo de nuestros marinos el 21 de mayo de 1879?

*(Preámbulo del Combate Homérico)*

Los hechos sublimes así como los héroes, no son bien comprendidos por los contemporáneos: allá cuando los ha envuelto la densa niebla de los años, niebla que concluye por ahogar a la envidia i la calumnia, mostrando esplendorosa i radiante a la verdad i la virtud, el ojo de la posteridad puede entónces ver i apreciar, en toda su estension, la magnitud de una hazaña, la gloria del jénio, i el martirio de un héroe que, cual el altivo capitán de Iquique honra no solo al sable si que tambien a la humanidad. Sócrates que bebe la cicuta en el fondo de su prision no es comprendido por sus verdugos a quienes trata de enseñar las mil verdades que serán causa de su bienestar; preciso es que muera i que corran los años i los siglos para que la posteridad lo eleve a la cús-

pide de la gloria declarándole gigante de la filosofía, protector del jénero humano. El Dante proscrito de su patria recorriendo las mil ciudades de Italia en busca de asilo i paz muere sin escuchar de boca de sus compatriotas una sola palabra de consuelo, marchito el corazon por la ingratitude; muere i pasan sobre él largos años ántes que se grave sobre la losa de su sepulcro una palabra que lo haga conocer al viajero.

Sí: la luz del jénio es demasiado esplendorosa para que no ciegue al nacer, los ojos de los contemporáneos.

¿Será que los astros del mundo moral son como los del material?

Veis el sol esplendoroso que se levanta tras las crestas de las montañas: pequeño es el círculo que su luz dilata, pero luego se encumbra al cenit del firmamento i su luz entónces se derrama por toda la esfera. No de otro modo se levanta el jénio: su esplendor abarca al principio un círculo estrecho i reducido, lazo con que lo atan la envidia, la calumnia, las pasiones bajas i mezquinas; pero se encumbra al cenit del firmamento de la gloria al iluminar las sienas de las nuevas jeneraciones.

Tales reflexiones me ha sujerido la casi estóica indiferencia con que es mirada por nuestros compatriotas la sublime epopeya verificada en las aguas de Iquique el 21 de mayo de 1879.

En el corazon de todo verdadero chileno debe vivir el recuerdo de aquel inaudito martirio; impreso en nuestra alma debe bajar con nosotros a la tumba, vivir la vida de nuestro espíritu si es que la inmortalidad del espíritu no es una quimera como la inmortalidad del *Cósmos*.

Sin igual es el hecho, sublime la accion de Prat, muriendo a bordo de la nave enemiga i logrando que sus compañeros ántes de rendirse, sepulten en las ondas del océano la capitana de la patria; pero esta gigante hazaña no ha sido ni es comprendida por los mismos que experimentamos ahora sus inefables beneficios i todo esto porque los grandes hechos, los portentosos sacrificios no se alcanzan a apreciar sino, vuelvo a repetirlo, cuando los años los han envuelto con su cortejo de nieblas.

De otro modo no se comprende el profundo silencio que han guardado nuestros escritores sobre este hecho. Son bien escasos los que con su pluma, han rendido un tributo de admiracion i entusiasmo a esos jóvenes denonados que defendieron con arrojo de que no se encuentra precedente en los fastos de la historia nuestra

honra mancillada, cubriendo con su martirio de impedeceñera gloria la bandera inmaculada e invicta de nuestra patria.

Podemos decir sin temor de equivocarnos que el combate de Iquique ha sido hasta el presente, escrito tan solo con la punta del sable. En las secas líneas de un parte oficial no encontramos los minuciosos detalles que ponen de relieve la grandeza de alma de Prat saltando al abordaje, de Aldea que le sigue, de Serrano i sus doce compañeros que luchan hasta la muerte sobre la acerada cubierta del *Huáscar* contra la inmensa cuanto cobarde muchedumbre de sus enemigos, de Riquelme que al pié del cañon hace la última salva de honor a la estrella de la bandera patria que se sumerge gloriosa en las sangrientas ondas del océano; de Uribe por último i demas sobrevivientes que por única respuesta a la altanera orden que de rendirse les grita el caudillo de la cobarde nave enemiga, arbolan al tope de mesana la bandera negra, insignia de guerra sin cuartel i se hunden al abismo al grito de *Viva Chile*.

En el parte oficial no encontramos los detalles de ese combate entre la materia i el espíritu, entre la *Independencia* i la *Covadonga*. Podemos decir, sin que esto sea una paradoja, que en Punta Gruesa «lucharon cuatro horas la intelijencia, el arrojo i la serenidad del comandante Condell contra los 22 cañones de la *Independencia*.» ¡Venció al cóndor la golondrina! ¡Si la ardiente fantasía del poeta soñara alguna vez una lucha entre Marte i Apolo, sin duda que el triunfo lo adjudicaria al dios del Arte!—Mas esto traspasa los dinteles donde cierne sus alas la imajinacion creadora del poeta, i por eso el ser humano al contemplar el episodio de Punta Gruesa correr siente por sus venas el escalofrio de lo sublime.

¡Oh! ¡cuánto debemos a esos guerreros inmortales; de cuanta gloria llena a la humanidad ese combate! ¡Qué ejemplo dieron esos héroes a nuestros valientes soldados que han probado que son dignos hermanos de ellos; Pisagua, Dolores, Agua Santa, Tarapacá, Los Angeles, Tacna i Arica, no son una prueba elocuente de la verdad de nuestro aserto; no son estas victorias, estos hombres radiantes costelaciones de Iquique i de sus héroes?

Entre los pocos escritores de nuestro país que han depositado un ramo de flores empapadas con el perfume de su ingenio en los altares de la patria, que baña con sus rayos el sol de gloria del 21 de mayo de 1879; descuella el señor Vicente Grez, quién en un librito que intitula «El Combate Homérico» nos refiere la sublime

epopeya de ese día. He leído cinco veces este libro i cada vez me ha impresionado mas su lectura: a pesar de conocer el hecho que él nos refiere, el lector da vuelta cada página con vivo interés; cree encontrar en ella algo que no conoce, alguna escena importante que no le ha sido revelada, pero lee esa página i otras mas, sin encontrar nada de nuevo en la narracion i su interes va siempre aumentando. ¿Por qué tal interés tenemos sobre un hecho que se conoce?—Es que la elegancia en el decir, la májia encantadora de estilo, las descripciones i las pinturas de su autor ajitan i conmueven nuestro espíritu.

La forma es clara, castiza i elegante, aquí i allá salpicada de frases ya enérgicas, en que palpita indignado el corazon de su autor; ya llenas de dulzura, fáciles i obedientes a la idea. El fondo tiene la severidad i belleza de lo verdadero i «no hai en él un solo detalle que no haya sido constatado;» no es un poema que nos refiera los hechos, sino un drama que nos hace asistir a ellos. No podemos resistir a la tentacion de copiar algunos párrafos que justificarán la verdad de nuestro aserto.

En un artículo que intitula «Los desconocidos» nos pinta nuestro autor la grandeza del combate de Iquique.

«¿Qué fué Iquique? ¿Una gran batalla naval? ¿Un combate heroico? Eso se ha repetido muchas veces en la historia del mundo. Iquique es único. Es la lucha a muerte de un niño con un gigante; es el duelo de dos pueblos, de dos razas, de dos civilizaciones; es el triunfo del deber, del valor, de la virtud, de la dignidad humana contra la fuerza bruta casi siempre invencible.

«Todo es grande en esa epopeya maravillosa: la debilidad extrema de los unos i la fuerza poderosa de los otros levanta hasta los cielos la gloria de los vencedores; los mas insignificantes detalles son hechos sublimes de abnegacion i de heroismo. El drama es grandioso i completo. Hai sorpresa i previcion, jénio i valor, impetuosidad i calma, martirio i fortuna. Hai tambien entre todos los héroes de esa jornada un doble lazo de íntima union, de inestimable valor: la juventud i la humilde igualdad de las posiciones sociales. Todos eran casi niños i poco ménos que desconocidos? Prá se reveló jénio i heroismo en los umbrales de su tumba. Su revelacion fué tan súbita como su muerte. Toda su vida de treinta i tres años la vivió en tres horas. Hasta ese momento habia sido como un arroyuelo que se desliza oculto entre

» musgos i rocas pero súbitamente se trasformó en un océano con  
» todas sus tempestades i grandezas.

«Aquella lucha desigual i titánica fué lo inesperado i lo asom-  
» broso. No habia a bordo de nuestras naves un solo hombre que  
» fuera una garantía.—¿Prat?—¿Quién le conocia? ¡Era talvez un  
» afeminado! Un marino que se habia hecho abogado i que por  
» consiguiente no podía ser un gran marino.—¿Condell?—¡Bah!  
» ¿Ese ménos que nadie? Carácter voluntarioso, altanero, turbu-  
» lento, incapaz de doblegarse a las severidades de la disciplina  
» militar i de comprender los grandes sacrificios i deberes; mozo  
» casquivano, capaz de dar un escándalo, pero incapaz de hacer  
» un prodijio.—¿Serrano?—Un muchacho de tan poco provecho  
» como Condell, i ¡quien sabe! si hasta inferior! Si él hubiera di-  
» cho alguna vez *chanceándose con sus alegres compañeros*: «sal-  
» taré algun dia sobre la cubierta del *Huáscar* para tomarlo al  
» abordaje!... es posible que todos se hubieran reido i él talvez el  
» primero.—¿Uribe?—Ese no era hombre de guerra: suave, ama-  
» ble, estudioso, tenia mas bien un porvenir literario; hijo de una  
» gran mujer de letras, sus tendencias naturales parecian dirigirse  
» hácia el arte i la poesía.—¿Riquelme?—Un mancebo enamorado  
» que pensaria mas en su novia que en su patria.—¿Orella?—Un  
» tronera que de puro loco i caprichoso habia aprendido a dirigir  
» un cañon admirablemente, poniendo la bala en donde ponía la  
» vista, no tanto por su amor a su profesion como por darse el pla-  
» cer de un estraño pasatiempo.—¿Aldea?—¡Un sarjento!... ¿de  
» tan abajo puede subirse á tanta altura?

«La verdad es que en esas naves no habia un hombre.

«Tal pensaba la opinion i al parecer tambien el almirante.

«I tenían razon: la *Esmeralda* i la *Covadonga* no eran naves tri-  
« puladas por hombres sino por niños, niños jigantes que pasaron  
» muchos ellos de los bancos del aula a la inmortalidad.»

Ved esta pintura del héroe ántes de entrar en combate, pintura  
ra que concluye con un parangon en Chile i el Perú.

«Fué en ese instante de solemne prueba cuando se reveló el al-  
» ma de Arturo Prat. *El héroe, que ya lo era*, daba sus órdenes  
» con esa impasibilidad soberana, con esa dulzura varonil que era  
» la espresion de su pureza, de su amor i de su fuerza. Su fisono-  
» mía que siempre habia sido apasible i tierna, acentuó todavía  
» mas sus caractéres. Los que le recuerdan creen verle aun rodea-  
» do de una aureola de gloria: sereno, terrible i magnífico, dispo-

» niéndolo todo para la muerte como un hombre que ordena i  
 » manda desde la eternidad. Su buque era viejo, podrido, inmóvil  
 » i con cañones que eran un adorno mas que un arma. ¿Qué podría  
 » hacer contra el invulnerable mónstruo que arrastraba consigo el  
 » espanto i la ruina? Nada. ¡Sino pelear i morir con gloria! ¿Po-  
 » dria él entregar la nave que habian confiado a su honor? Otros,  
 » en circunstancias semejantes, lo habrian hecho sin mengua, pe-  
 » ro, él ¡jamás, jamás, mil veces la muerte! ¡Cómo! era posible,  
 » podia siquiera aceptarse ni como un sueño fatídico que el Perú  
 » i Bolivia, esos dos leprosos de la América, vencieran a Chile, la  
 » honra, la gloria, la civilizacion del continente latino, sin morir  
 » ántes de vergüenza i de horror? La patria de Castilla el tahir,  
 » de Echeñique el peculador, de Pezet el traidor, de Balta el esta-  
 » fador de empréstitos, de Pardo el aleve i de Prado el imbécil,  
 » podrían vencer i humillar? por la torpeza de un almirante, a la  
 » patria de O'Higgins el magnánimo, de Freire el puro, de Pinto  
 » el virtuoso i de Búlnes el honrado? Los soldados de Ingavi, de  
 » Talquí de Boyacá ¿podrian jamás vencer a los soldados de Chi-  
 » llan, de Chacabuco, de Rancagua, de Maipú i de Yungai? El  
 » dilema era vergonzoso i terrible; pero Prat i sus compañeros no  
 » lo dilucidaron un minuto sino que lo resolvieron en el acto: se  
 » reducía simplemente a cumplir la vieja divisa de la patria: ven-  
 » cer o morir.»

El cuadro mas precioso quizá del libro de que damos cuenta al lector es una pincelada en que se reflejan los últimos momentos de la *Esmeralda* ántes de hundirse al abismo. Esta pincelada es verdaderamente dramática i está llena de sentimiento.

«Ya no quedaba de la *Esmeralda* sino el espíritu, i en ese mo-  
 » mento supremo el espíritu de la *Esmeralda* se reconcentró en el  
 » alma de Ernesto Riquelme.

«De pié sobre la flotante ruina, sobre los gloriosos despojos, so-  
 » bre los inmortales cadáveres, sobre los cañones enmudecidos co-  
 » mo corazones que hubieran dejado de latir, Riquelme se alzaba  
 » sobre esa inmensa tumba como un resucitado. Semejaba una de  
 » esas estrellas que brillan en el oscuro firmamento en noche de  
 » tempestad. Tenia solo veintisiete años, era poeta i estaba enamo-  
 » rado. Su frente triste i pura estaba iluminada por los resplando-  
 » res del amor, del deber i de la gloria. A su lado yacía altivo el  
 » único cañon que no habia sido inutilizado i que aun palpitaba,  
 » i su mano derecha levantaba su espada hácia los cielos, su terri-

» ble e inmortal espada que en esos momentos parecia mas bien la  
 » palma de su glorioso martirio!

«Cuando el *Huáscar* dió a la *Esmeralda* su último espolonazo,  
 » causando el rápido hundimiento de la corbeta, cuando la proa se  
 » sumerjia en el mar, cuando la invencible bandera descendia ma-  
 » jestuosa para ocultarse en el seno de las aguas, Ernesto Riquel-  
 » me se inclinaba sobre su cañon i hacia el último disparo, el últi-  
 » mo saludo a la bandera, el último adios a la patria, el último ho-  
 » menaje al deber, la última ofensa al enemigo!

«Vibraba aun el estruendo de ese disparo cuando Riquelme caia  
 » muerto al pié de su cañon, atravesado su noble pecho por nu-  
 » merosos proyectiles enemigos.

«Si los hechos sublimes llegan al cielo,<sup>1</sup> el cañonazo de Riquelme  
 » debió de oirse en las alturas!

«¡Sí, noble jóven! Ese cañonazo, que fué tu última inspiracion,  
 » tu último arranque i tambien el último latido de tu jeneroso  
 » pecho, se oirá en todos los siglos i su eco glorioso resonará eter-  
 » namente en el corazon de la patria.»

Feliz el artista que puede trasladar al lienzo una escena de esa  
 epopeya maravillosa del 21 de mayo de 1879. El autor del párrafo  
 transcrito tiene alma de poeta, que es el espejo misterioso que refle-  
 ja los rayos del sol de lo sublime; Grez, siente iluminada su alma  
 por el sol esplendoroso que lució en la frente de Riquelme al dis-  
 parar el cañonazo que «debió de oirse en las alturas» i refleja los  
 rayos de ese sol en el cuadro que acabamos de leer.

En el episodio de Iquique cuántas estrellas al lado de nubarro-  
 nes indignos de ser iluminados por ellas encontramos ¡Prat lu-  
 chando con Grau! Prat héroe sin igual, Grau un vil canalla.  
 Mientras el héroe pone el pecho desnudo en el combate; Grau se  
 oculta tras las murallas de su torre blindada, tras de esa sucia cota  
 de malla que resguarda el pecho del cobarde.

He oido a muchos hablar con gran elojio del comodoro Grau,  
 de su caballerocidad, de su valor, de su audacia. ¿Dónde ha de-  
 mostrado esas cualidades el almirante peruano? ¿Acaso por ven-  
 tura su caballerocidad en Iquique, asesinando a los héroes de la  
*Esmeralda* i haciendo arrastrar a Serrano agonizante por la cu-  
 bierta del *Huáscar*? ¿Probó su valor huyendo de nuestras naves  
 poderosas i atacando a las débiles; i por último su audacia, huyen-  
 do de la *Magallanes*? Es necesario mirar los hechos con frialdad  
 dejando a un lado esa jenerosidad mal entendida que en vez de

sublimar a esa canalla, no hace otra cosa que poner en ridículo a quien lo pretende. Dejemos esto para los peruanos; que ellos coloquen, para risa de los mortales, a Grau a la altura de Prat i si les parece bien, establezcan parangon entre Ramirez i la quijotesca figura del Almirante Montero.

Estas observaciones no son ajenas al asunto de que me ocupo; se ha reprochado a Grez, desde las columnas de un diario, por uno de nuestros escritores mas distinguidos i castizos, la severidad con que trata a Grau. Lo confieso, yo no me cansaré de aplaudirlo de todo corazon siempre que juzgue, como lo juzga en su libro, *al comodoro* con la severidad que lleva envuelto lo verdadero.

No terminaremos estos renglones sin preguntar a Grez ¿porqué ha intitulado «Combate Homérico» su libro en vez de Combate de Iquique! Acaso por colocarlo a la altura de los combates que Homero nos pinta en su Iliada. Mas en esas luchas gigantescas no encontramos una sola que esté a la altura del episodio de Iquique.

Felicito al señor Grez por su libro, i a mi vez me felicito a mí mismo de haberlo leído, porque su lectura me ha fascinado, i no trepido en decirlo: [el «Combate Homérico,» es un diamante precioso que la patria engastará en la diadema con que ciñe las sienes altivas del heróico capitan de la *Esmeralda* i sus dignos compañeros de lucha i de gloria.

AMBROSIO MÖNTT MONTT.

A 3 de junio de 1880.

---

---

## POESIAS.

---

### A MARIA.

María! donde estás? vente conmigo,  
Ven ángel por mi ser idolatrado,  
¿Eres acaso para mí un castigo  
O eres un premio que el Criador me ha dado?

---

Si eres castigo, cáliz de amargura  
Que entre mis labios dejará su hiel,  
Eres cáliz vestido de dulzura  
Que miente los placeres del Eden.

---

Acaso eres un don ¿por qué no vienes,  
¡Ah! por qué al lado mio no te veo  
Cuando mi vida encadenada tienes  
I encendida en la fiebre del deseo.

---

Yo era niño!... Mi espíritu dormía  
Ese sueño feliz de la inocencia  
I tu sombra a lo léjos él veía  
Sin forma, sin color i sin cadencia.

Tu sombra que vagaba silenciosa  
La luz de la esperanza derramando,  
Me llevaba con mano misteriosa  
Por un mar de ilusiones resbalando.

---

Pasaron esos años tan fugaces,  
Esos años de cándida niñez;  
Te pedía tu forma desplegadas  
Tú, nunca lo quisiste, dulce bien.

---

Mas, allá al despuntar mi adolescencia  
Encarnada te ví en una mujer  
Que llenaba de fuego mi existencia  
Suspendiendo en las aras del placer.

---

Desde entónces te veo donde miro,  
Por do quiera te vé mi pensamiento;  
Te encuentro en los arcáanos del suspiro  
I entre la espuma que desgaja el viento.

---

Te escucho en los jemitos de la noche,  
En el dulce murmurio de la brisa,  
I de la flor en el brillante broche  
Creo que juega tu hechicera risa.

---

Yo te siento llorar con la paloma  
Que no encuentra sus hijos en el nido,  
Cuando la voz del sentimiento toma  
I traduce el dolor en un jemido.

---

Donde haya luz que la existencia dore,  
Donde se encuentre un átomo de vida,  
Donde haya un ser que su desdicha llore  
Allí te veo mi ilusión querida.

---

I mis suspiros, en celeste coro,  
Mensajeros de un tierno corazón,  
Diciéndote al oído "yo te adoro,"  
Van por do quiera de tu sombra en pos.

---

Tú eres ángel de amor, dulce bien mío,  
Tú de mi vida encantas el sendero;  
Eres la dicha que en el mundo ansío,  
Eres la gloria que ambicioso espero.

---

¡Ah! fijo en mi alma está, dulce martirio,  
El recuerdo feliz de aquella tarde,  
Cuando ví con frenético delirio  
La húmeda luz que en tus pupilas arde.

---

Recuerdas!... fué una tarde de verano,  
El céfiro besándote en la frente  
Entre tus bucles revolaba ufano,  
Tendiéndote sus alas dulcemente.

---

Tenias tu copiosa cabellera,  
Que con orgullo tocaria el suelo,  
Atada con descuido, a la lijera,  
Con cintillos de negro terciopelo.

---

Estaban tus mejillas... esas rosas  
Que copian de la aurora los colores,  
Tan límpidas, tan puras i donosas  
Que humillaban los tintes de las flore

---

Entre tus labios de rosada grana  
Se vian escondidas blancas perlas,  
Era la risa azul de la mañana  
La que reias, al dejarme verlas.

---

Un collar de corales en tu cuello,  
Una cruz de tu pecho en el altar;  
De tus ojos el fúljido destello,  
María! quien pudiera retratar.

---

En ellos un poema se encerraba...  
!Ah! con buril de fuego cincelado  
Está en mi corazon, que palpitaba  
Cual volcan entre nieves sepultado.

---

Tus ojos en mi espíritu prendian  
Lampos que me mostraban el amor,  
Allí dichos celestes se veian  
En el fondo de un fuego abrasador.

---

Entónces ví el amor, mar sin ribera  
En que naufraga la existencia hermosa,  
Mas no naufragaré, que ella me espera  
Bogando en una barca deliciosa.

---

Si te vas, que haré entonces, dueño mio?  
Me matará el dolor en un momento,  
¿Te irás, cuando en dulce desvario  
Solo a tus plantas moriré contento?

---

Mas, para que pensar en el futuro  
Lleno de dichas o de llanto lleno,  
Cuando miramos el presente puro,  
El pasado sin mancha ni veneno.

---

Nó!...del amor en los rebuetos mares  
Bogando sin cesar, me oprime el llanto,  
Me aquejan de la ausencia los pesares  
Léjos de esa mujer que adoro tanto.

---

¡Ah! de la ausencia en el dolor profundo,  
Recordando mis dias de bonanza,  
No encuentro otro consuelo en este mundo  
Que el iris celestial de la esperanza.

---

¡Perdona ángel de amor! Mi triste acento  
Es aquel mismo de cuando era niño:  
Perfume de la flor del sentimiento  
Herida por el sol de mi cariño.

---

Yo te amo ángel de amor, yo te bendigo,  
Eres radiante estrella de mi fé;  
Yo no puedo vivir sino contigo,  
Reciba tu sonrisa o tu desden.

---

¡Ah! yo te amo con alma de poeta,  
Do tiende la virtud rayo fecundo,  
Contra ella en vano lanzará saeta  
Esa algazara i bacanal del mundo.

---

El amor del poeta es amor santo,  
Luz que alienta la flor del corazón,  
En cada estrofa dél, en cada canto  
Se respira el perfume de esa flor.

---

Solo el poeta a la mujer comprende,  
I solo él sabe comprender su amor,  
Esa pasión frenética que enciende  
Su vida, siempre llena de ilusión.

---

Dí, si miras el libro de la historia,  
¿Por quien trazó los círculos el Dante  
I quién a Milton levantó a la gloria  
Que hizo inmortal su oscuridad radiante?

---

Mira a Petrarca que a su Laura crea  
Un cielo de ilusiones para amarla,  
¿Quién infunde en su espíritu esa idea,  
Quién con delirio le enseñó a admirarla?

---

¿Quién inspiró su creación al Tasso,  
A Píndaro sublime poesía,  
I la égloga de amor de Garcilazo  
Quién si no la mujer la inspiraría?

---

¡Ah! ven ángel de amor! De poesía  
 Para tí tengo un inmortal tesoro,  
 Si tú bañas de luz el alma mía,  
 Te cantaré mi amor en arpa de oro.

—

Copiaré de tus ojos la ternura,  
 De tus mejillas copiaré las flores,  
 De tus cabellos en la lumbre pura  
 Encontraré del iris los colores.

—

I si me das de tu alma el sentimiento  
 Canto inmortal inspirarás en mí,  
 Al cielo se alzaré mi pensamiento  
 I grande tú serás cual Beatriz.

—

Ven hija del amor i del deseo,  
 Ven i levanta el pedestal de gloria,  
 Porque yo solo en tí mi gloria veo,  
 Tú humillaras de Laura la memoria.

AMBROSIO MONTT MONTT.

A 7 de julio.

---

### A PRAT.

(A MI AMIGO ANTONIO ALAMOS).

Suena fácil la voz en mi garganta  
 I cantaré la hazaña de aquel día  
 De heroico sacrificio! El mar la canta:  
 Rujiendo airado en su estension bravía  
 Se estremece de orgullo  
 Sus olas encrespando;

Forman sus ecos un salvaje arrullo  
 Que va por la ancha esfera proclamando,  
 Del uno al otro polo,  
 Tu gloria i tu valor. ¡Oh Prat! ¿tan solo  
 Ese mar puede proclamar tu nombre?  
 ¡Ah! nó, que tiene el hombre  
 El pincel celestial del pensamiento,  
 Que de este mundo la grandeza enseña  
 A mil jeneraciones! Del Oceano  
 Es limitado el poderoso acento,  
 En lo infinito es nada,  
 Es vano ruido que arrebatara el viento,  
 Es queja en los abismos sepultada:  
 La voz del hombre, en tanto,  
 Es el alma del jenio eternizada,  
 Que esculpe en la memoria  
 Los inmortales hechos de la historia.

—

Por Prat el arpa del poeta vibre  
 Un cántico inmortal. ¡Héroe de Mayo!  
 Daré a mi fantasía rienda libre,  
 De santa inspiracion préstame un rayo.  
 En mi espíritu estás; allí te veo  
 La tricolor bandera defendiendo  
 Entre el humo i fragor de la pelea;  
 En tu mirada una epopeya leo  
 Que se irá por los siglos difundiendo;  
 En tu mano la espada centellea,  
 Oigo ya del cañon el estampido  
 Que el piélago estremece enbravecido,  
 Ardiendo de furor. I tú sereno  
 Estás allí, con alma denodada,  
 Paladin de la gloria,  
 La muerte desafiando  
 Al pié de tu bandera immaculada.

No veis al enemigo que espantado  
 Esclama: Comandante,  
 «Rendíos, que la vida del valiente  
 «Queremos conservar.» ¡¡Él, insultado  
 Que la inmortalidad mira delante!!  
 Contesta Prat con levantada frente:  
 «Nunca de Chile se rindió el soldado.»  
 Tal es la voz del héroe,  
 Desnudo opone el pecho a la metralla,  
 Que noble sangre por sus venas corre.  
 I el enemigo en su blindada torre  
 Tiembla de espanto, al miedo del cobarde  
 Ajena su alma, de valor henchida  
 Cual Prat no sabe despreciar la vida.

—

¡Horrible tempestad!... Ya presuroso  
 Oculto en su blindado prepotente  
 En ira estalla el enemigo odioso,  
 Cifñendo en fuego su terrible frente.  
 El Huáscar se abalanza  
 Sobre la frágil Esmeralda i ceba  
 En ella su espolon i sus cañones.  
 ¡Oh! cuánta atrocidad! ¡Cuánta matanza  
 El enemigo por doquiera lleva!...

—

Un torrente de llamas i de humo,  
 Del acerado monstruo se despide,  
 Que nuestra frágil Esmeralda inunda  
 En medio del horror de la batalla;  
 Un proyectil que estalla  
 Del enemigo, en nuestra nave enciende  
 La madera del casco,  
 Sale la llama en prolongadas lenguas  
 Por las ya destrozadas portañolas  
 Del mar lamiendo las vivientes olas!

Destroza la metralla  
La cofa en que resiste el fusilero,  
I arrastrándose herido el artillero  
Que la muerte, valiente, desafía  
En el cañon el lanzafuego pone  
Esclamando venganza! en su agonía!  
El frágil leño cruje  
En llamas abrazado,  
I de yertos cadáveres sembrado;  
Nadie desmaya, altivo  
Su alma en la fragua del deber retempla  
El ínclito Adalid; látele el pecho,  
Su mirada contempla  
Las ya sangrientas destrozadas galas  
Que ostenta su bandera,  
Rasgando el viento se oye  
El áspero silvar de ardientes balas,  
Mas las desprecia el paladin glorioso,  
Viva a la patria i a la muerte espera.  
Izado al tope el tricolor flamea  
Con pólvora teñido;  
Allí la sangre humea  
I en ancho cauce al mar se precipita!  
Cesa un instante el Huáscar  
De batallar i grita .  
A la gloriosa nave,  
Que en su estandarte luce  
El símbolo inmortal del heroismo:  
«Rendios, porque al punto  
«Vais a caer al fondo del abismo»  
¡Solo contesta el eco!  
I el leviatan furioso  
Hace mas cruda la sangrienta lucha  
I ya do quier se escucha  
La tempestad, que en atrevido vuelo  
Ajita de los mares las entrañas,  
¿No ois su voz que al escalar el cielo  
La cresta hace temblar de las montañas?

¡Cunde el ardor! El fuego pavoroso  
 En escombros se torna i en ruina,  
 I entre cenizas se alza majestuoso  
 El guerrero grandioso  
 Que pregona la trompa de marina.  
 ¿Quién es? ¿Le conoceis?—Reluce inquieta  
 Su pupila, su voz es trueno horrendo,  
 Es su mirada un rayo,  
 Su corazon hirviente  
 Flamíjero volcan! ¿Quién es ese hombre  
 Que lleno de coraje  
 Sublima nuestro nombre?  
 Ved de heróica altivez ardiendo en ira  
 Grita con voz de trueno: «al abordaje»  
 I salta al leviatan!... ¡Ah! donde mira  
 Se encuentra de cañones circundado,  
 Buscando al enemigo corre airado  
 I llega al torreón!... Mas luego espira  
 Por cien bocas de fuego destrozado.

¡Todo es silencio!... Váse lentamente  
 Ya la Esmeralda hundiendo:  
 Un *Viva Chile* se oye de repente  
 Que se va por los aires difundiendo  
 I a la rivera llega,  
 De la enemiga rada  
 Que *Viva Chile* dice entusiasmada.  
 Es en vano que el pueblo  
 Su admiracion sijile,  
 El pecho le domina  
 Del heroismo la espresion divina  
 I a su pesar esclama: *Viva Chile*.

¡Heroismo sublime!  
 ¡Abnegacion sublime del martirio!  
 Por él, la patria sollozando jime,  
 Lloro su muerte, su heroismo canta  
 I en su nombre la gloria se levanta,

¿Quién es ese adalid? ¿Qué nombre tiene  
 El mundo ha preguntado!—Es Prat, responde  
 El niño que en el pecho el nombre bebe,  
 Es Prat, dice el anciano,  
 Es Prat, va murmurando el aura leve,  
 Es Prat, responde el huracan del llane:  
 Su nombre ruje el trueno,  
 Se estiende por los mares,  
 La vírjen lo suspira en sus cantares  
 I a la lid llama al corazon chileno:  
 Su nombre está grabado  
 En bronce i mármol con buril jigante  
 I en la historia con letras de diamante:  
 La fama del soldado  
 De un hemisferio al otro por do quiera  
 Vuela sin detenerse en su carrera.

—  
 El mundo canta a Prat! ¡Patria querida,  
 Altiva en tanto tu pendon arbola  
 Levantando la sien ennoblecida;  
 Patria mia, tu manto  
 Festivo tornasola  
 El sol de Trafalgar i de Lepanto.

—  
 Al azulado cielo  
 Do los héroes están que el grito alzaron  
 De libertad, tendió ya Prat su vuelo;  
 Los padres de la patria lo admiraron  
 I a su frente ciñeron  
 El laurel que sus glorias merecieron.  
 Nacistes a la gloria:  
 Iquique fué tu cuna  
 I ella será inmortal cual tu memoria;  
 En esa tierra, un tiempo deshonorada,  
 Que guarda tus despojos,  
 Se lee por epitafio en una losa,  
 Que oprime el pecho al descaldar los ojos:

«Ya la sangre chilena derramada,  
 En portentosa guerra,  
 Ennoblecíó esta tierra  
 Que es ¡oh Prat! con tu nombre coronada.  
 Mientras latan humanos corazones  
 Tú vivirás. Guerrero sin segundo!  
 Tu nombre irá por mil jeneraciones,  
 ¡Que es de tu gloria pedestal el mundo!»

AMBROSIO MONTT MONTT.

---

**LA HORA MAS TRISTE.**

Es mui triste mirar del sol que espira  
 La postrer claridad,  
 Cuando en la tarde oculta tras los montes  
 Su rejia majestad!

Es mui triste mirar cuando el labriego  
 Torna a su humilde hogar,  
 Llevando sobre el hombro el instrumento  
 Que ocupó en trabajar!

Es mui triste mirar la flor lozana  
 Del jar-lin esplendor,  
 Doblar la frente ante el helado soplo  
 Del cierzo destructor.

I en noche tenebrosa i sin estrellas  
 Es triste navegar,  
 Contemplando la bóveda enlutada  
 I el ajitado mar.

Pero es mas triste sí, mucho mas triste  
 Para mi corazón,  
 El lejano tañir de la campana  
 Que llama a la oracion !...

HORTENSIA BUSTAMANTE DE BAEZA.

Santiago, junio 19 de 1880.

## A MI AMIGO MANUEL M. LOBOS.

(AUSENTE DE LA PATRIA).

Con qué dulce placer! con cuanto anhelo  
 Torno a sonar mi lira  
 Para mandarte desde el patrio suelo,  
 Al suelo extraño en que tu ser respira,  
 Algunas notas que te den consuelo,  
 Algunos écos de tu amigo ausente  
 Que tanto te desea,  
 I te recuerda tanto,  
 I en tu dulce memoria se recrea!...

El númen que me inspira en este instante  
 No es, Manuel, ese númen receloso  
 Que solo por momentos turbas odioso...  
 Nó, que es el númen de amistad constante  
 Que del amigo en la fatal ausencia  
 Derrama suave ecencia,  
 Como en las flores de abrazado estío  
 Sobre su cáliz de oro  
 Derrama en tierno lloro  
 La noche algunas gotas de rocío  
 .....

Las blandas brisas de mi patria hermosa  
 Te llevarán mis versos  
 Bajo el ala sutil i temblorosa,  
 Salvando la distancia  
 Que nos divide el mar en su arrogancia;  
 I en écos, ora suaves,  
 Ora triste, ora alegres, ora graves  
 Irán ¡oh caro amigo!  
 Cual yo con tus recuerdos  
 A respirar contigo...

Cuando hayan esas brisas mensajeras  
 Tocado mansamente  
 Del mar ajeno a las ajenas playas,  
 Corre tú a sus riberas  
 A aspirar i embriagarte en ese ambiente;

Corre, sí, corre si beber ansias  
 Las blandas ambrosias  
 Que llevan al pasar, de los jardines  
 De tu patria gentil. Patria adorada,  
 Hoi, vilmente ultrajada,  
 Por la envidia falaz de dos naciones  
 Que han roto, a fin de hundirla,  
 De la ambigüa amistad los eslabones!

Esta memoria a mi pesar me asalta...  
 I mi alma, ántes plácida i serena,  
 Ruje de indignacion i rabia llena  
 I el corazon enfurecido salta!...  
 Mas, ¿qué me vale recordar ahora  
 Lo que tú, como yo, tambien conoces,  
 I sabes cuan atroces  
 Los fines son de guerra asoladora?

¿No te parece oír, desde do te hallas,  
 El hórrido estampido  
 Que dejan sus cañones  
 Al escupir mortíferas metrallas,  
 Imitando al rujido  
 De iracundos leones,  
 Al soplo de los roncós águilones?  
 No te parece ver a esos guerreros  
 Blandiendo sus aceros,  
 Frenéticos lidiar? I luego entre humo,  
 Estrépito feroz, sangre a torrentes,  
 Cadáveres sin forma, destrozados,  
 Polvo, alaridos i humeante escoria  
 Vencer al fin, triunfar i cantar gloria?

Soberana osadía!...  
 ¡Oh! cuánto, cuánto encierra  
 De sublime i divino, el alma grande  
 Del patriota, al oír la voz de guerra!...  
 Mi corazon se expande  
 Al ver esos guerreros animosos  
 Que marchan esforzados  
 A los campos de Marte sanguinoso;

I allí alzan su baluarte...  
 ¡Ah! ved como flamea,  
 En medio del fragor de la pelea,  
 De sus huestes el fúlgido Estandarte.

O allá, en las ondas de la mar rujiente,  
 A esos marinos ved, cual de sus naves  
 Alzan serenos la radiosa frente!...  
 I a impulso de los céfiros suäves,  
 Cual se pasea tan altiva armada,  
 Del Pacífico mar reina i señora,  
 Mil veces por sus triunfos proclamada!

Paso de nuevo a tus recuerdos, paso,  
 Inolvidable amigo,  
 Antes que el sol se torne hácia su ocaso  
 De la presente i mi vivir testigo.  
 Dos estaciones llevas ya de ausencia;  
 La primavera con sus verdes galas  
 Que esparce en torno deliciosa ecencia;  
 I el ardoroso estío  
 Con sus dorados pámpanos i espigas  
 I en la noche callada su rocío...

Dos estaciones, sí, dos estaciones  
 Que mostrar en sus ámbitos parecen;  
 Imájen la primera de ilusiones  
 Que allá en el seno juvenil se mecen!...  
 Emblema la segunda  
 De la segunda juventud del hombre,  
 Cuando ya audaz su corazon se ajita,  
 I en pos de gloria i nombre  
 El corcel de la mente fatigando,  
 Sobre un mar de egoismo precipita!...

¡Ah!... que pudiera yo volver ahora  
 A aquellos dias de infantil socioego,  
 De alegre charla i de festivo juego;  
 I en alas de mi mente soñadora,  
 Cruzar, como el relámpago azulino,

Ese cielo purísimo i divino  
 De la edad juvenil. Cómo gozara  
 Envuelto ¡ai! en su túnica de halagos,  
 De amorosa inquietud i de ansias tiernas.  
 Cómo mi yermo corazón saltara,  
 I en su blando deleite embellecido,  
 Cómo también llorara  
 Ante el fantasma del placer cumplido!...

Pues, aunque por mis años no soi viejo,  
 I late aún mi corazón fogoso  
 Siento, caro Manuel, que ya mi alma  
 Perdió por siempre su festivo gozo,  
 Su tierno suspirar... Hoi solo aspiro  
 En mi sed importuna  
 La dulce paz i el celestial retiro!...  
 Allí vivir sin ilusión alguna,  
 Allí pasar lo que a mi vida resta,  
 Ora pulsando mi laud sonoro,  
 Ora durmiendo una sabrosa siesta.

¡Ah! vanas digresiones!...  
 Huid, que ya la noche letargosa  
 Tendiendo vá sus lúgubres crespones  
 Donde hace poco ardía  
 La clara luz del sol majestuosa!...  
 Huid, i en vez de lamentable lloro  
 I digresiones que no dicen nada,  
 Tienda sus alas de oro  
 El aura de la selva regalada,  
 I vuele rapidísima; consigo  
 Llevando al fiel amigo  
 Una trova del alma, consagrada  
 A su pura amistad. Un himno santo  
 Llévadle del que tanto le desea,  
 I le recuerda tanto  
 I en su dulce memoria se recrea!...

CÁRLOS LUIS CASANUEVA.

## A LA MEMORIA DEL HÉROE DE TARAPACÁ,

COMANDANTE DEL 2.º DE LÍNEA,

## DON ELEUTERIO RAMIREZ.

---

Chile ofendido por menguadas jentes  
Las armas toma de furor henchido,  
Sin que le espante el hórrido estampido  
Que lanzan los fusiles i el cañon:  
Siega laureles su brillante flota,  
Su ejército invencible vence en tierra:  
Que es su lema triunfar siempre en la guerra  
I darle prez i brillo a su pendon!

Tarapacá conserva en la memoria  
Escrito con buril de fuego ardiente,  
Un hecho memorable que a su frente  
La mancha le arrojó del deshonor:  
Tarapacá, tú has visto que al chileno  
Jamás se puede provocar en vano  
I tú insultaste, necia al fiel hermano,  
Que los brazos te daba con amor.

Pero esa noble sangre derramada  
De nuestros bravos en tu inícuo suelo  
Justa venganza ha demandado al cielo,  
Que al valiente el Señor sabe escuchar:  
Por eso nuestras armas nuevos lauros  
Han recojido en Tacna i en Arica,  
Mientras empuñe el roto corvo i pica  
Milagros sabe en su favor obrar.

---

I allá en Tarapacá prodijios hizo  
De alto civismo i de valor jigante,  
Cuando uno contra mil murió arrogante,  
Que el Perú solo así puede lidiar:  
Mas el chileno nó, pues aunque vea  
Que la vida le arranca la metralla  
No retrocede nunca, que no hai valla  
Que a los chilenos pueda acobardar!

---

I ménos si los lleva a la victoria  
Un jefe que es audaz i valeroso,  
Que despedaza cual león furioso  
Cuanto su paso interceptando vá:  
Que no siente el dolor de las heridas  
Ni le importa la sangre que derrama,  
Que solo sed de gloria su alma inflama  
Con la llama inmortal que el valor dá.

---

Es RAMIREZ, el nombre del valiente  
Que estermina al peruano con su espada,  
Es de Chile la joya mas preciada,  
Es del mundo la justa admiracion:

Pero ¡cielos! el plomo traicionero  
 Su jeneroso pecho ha atravesado,  
 I el héroe viene al suelo desplomado  
 ¡Víctima de sublime abnegacion!

—

Mas no por eso su valor desmaya,  
 La agonía su fuerza ha duplicado,  
 I a catorce el Titan ha derribado  
 Que le asaltaron con furor brutal:  
 I llamando a los suyos con cariño,  
 El sendero mostróles de la gloria  
 «Será nuestra, les dijo, la victoria»  
 I así exhaló su espíritu inmortal.

.....  
 .....

—

Cobarde i ruin el enemigo en tanto  
 Al héroe insulta con furor precito,  
 Ceniza es su cadáver ¡oh delito!  
 Que solo en vil canalla bien está:  
 Pero Chile ha jurado que castigo  
 Ese crimen tendrá de toda suerte,  
 Fuego, metralla, esterminio i muerte  
 I así Chile a RAMIREZ vengará.

**Hortensia Bustamante de Baeza.**

---

## FRANCISCO ECHAURREN HUIDOBRO.

---

### I.

Sin la Tebaida i los mártires el cristianismo no existiría.

La fuerza de difusion que tienen la virtud i la honradez sobre las ideas i creencias populares, es simplemente increíble.

Que algunos hombres reconocidamente buenos, afirmen haber visto volar por los aires a un borrico, i luego, que se dejen matar sosteniendo la verdad del hecho, i vereis a un pueblo entero convertido al borrico aéreo.

Por eso, nada es mas temible que el error honrado, que el error patrocinado por los hombres buenos.

Si el pueblo tuviera tanta intelijencia como tiene fé, i pudiese comprender que la virtud i la honradez no hacen a nadie exento de errores, i que la verdad es independiente del hombre que la abone, se habria ahorrado muchos males, muchas decepciones, muchos dolores.

Pero, triste es ello, mas es lo cierto que el hombre bajo el sol solo da en bola cuando la verdad se atraviesa en su camino i le rompe la crisma.

I de no, allí está lo que se llama lecciones de la esperiencia, que de ordinario no son mas que rios de lágrimas, charcos de sangre, hospital inundo de dolores.

La esperiencia es una maestra terrible, i ella protesta de la infabilidad de los hombres buenos.

## II.

Empero, si para las masas populares, el poder de la virtud i la honradez puede alguna vez ser un atajo a la verdad, el poder del oro en las clases superiores es, a su vez, mui séria cosa. I en una sociedad como la nuestra, en que el oro ha llegado a veces a convertirse en prenda espiritual, en parte integrante del alma humana, el oro, adicionado a una sólida reputacion de hombre virtuoso i bueno, viene a constituir un vasto poder, poder capaz de poner en sério conflicto a la verdad mas clara i luminosa.

¿Quién seria bastante osado a poner en duda un yo lo sé, un así es, un yo lo ví, de un hombre de sólida reputacion i sólida fortuna?

¡Ah! contra el oro la esperiencia misma es impotente. En vano repite sus tremendas lecciones, en vano; el hombre torna sus ojos hácia el oro, como la aguja imantada vuelve porfiadamente al norte.

I la virtud misma, sin el oro, es una prenda obscurecida i oculta en un rincon. El oro es, para la virtud, la luz que la hace ver, el sol que la ilumina; como es para el mal la mas profunda i ancha sombra, la mas segura cobertera para el ojo ajeno.

Sin el oro, en nuestras altas rejiones, la virtud sola no sostiene en los aires al borrico.

Pero, hai otra luz secreta i recatada, que allá en el fondo de la conciencia humana suele de cuando en cuando iluminar las llagas sociales i alzar juicios de justicia que tarde que temprano se abrirán camino. La razon, protesta eternamente de los fueros del oro, i la razon, salvará un dia de sus fatales estravios a los fascinados i a los ciegos.

## III.

Errázuriz es la razon de ser de muchas entidades políticas actuales, como en su tiempo lo fué Montt, como ántes lo fué Portales. Estos tres hombres fueron tres voluntades enérgicas; i aunque los antiguos decian, «con la fé se trasportan los montes,» nosotros decimos, sin negar aquéllo, «con la voluntad se vuelve un mundo.»

Echáurren salvó en un tiempo la fortuna de su pariente Errázuriz, i éste contribuyó a su turno a hacer de Echáurren un alto potentado, lo que sin duda no le costó gran cosa, pues Echáurren tenia de suyo anchós ribetes.

Echáurren fué intendente de Santiago, ministro de la Guerra, intendente de Valparaiso, i no ha mucho, intendente del ejército en campaña.

Carácter perfectamente acentuado, sin ningun motivo de falso embozo, Echáurren se pintó en sus obras.

Ningun hombre público hai en Chile mas diáfano i lejible, ninguno ménos susceptible de inducir a falsas apreciaciones.

El retrato de Echáurren es un retrato fácil. La pluma corre sin tropiezos.

#### IV.

Echáurren es un hombre de buena estatura i de vigorosas formas. Anda siempre derecho, erguido, mirando al horizonte al traves de sus gafas de oro. Vestido casi siempre de negro, con traje irreprochable, traje de etiqueta, aunque sin pretension ninguna, lleva el baston con gran soltura, en términos de sospecharse que seria mui capaz de servirse de él como de arma ofensiva. Su andar es decidido i firme; es paso de autoridad, paso del que ni sospecha resistencias.

Echáurren tiene una fisonomía serena i resuelta, bondadosa a veces, severa en ocasiones. Es una de esas fisonomías que frecuentemente obligan a preguntar quién es el dueño, i que una vez vistas, no se olvidan.

Sus facciones son, por lo demas, regulares, i su color encendido revela un sanguíneo temperamento. Su nariz, un tanto alzada, i un marcado hoyuelo en la barba, dan a su espresion un tinte singular; hai franqueza i altivez, i al traves de eso, algo de verdaderamente simpático.

Si se quisiera juzgar de la edad de Echáurren por su aspecto físico, no aparenta mas de cincuenta años mal contados.

Observando con cuidado a Echáurren, se podria, sin gran dificultad, derivar de su conjunto fisonómico muchas de sus cualidades i defectos.

Es un hombre que se entrega de buen grado al ajeno estudio. Es posible que se diga a sí mismo, como Enrique IV, «tengo virtudes suficientes para cubrir mis defectos.»

## VI.

Echáurren nació rico, mui rico; por eso lleva su fortuna sin hacer alto en ello; no parece rico.

Cuando fué un hombre, la muerte destrozó su corazón. Por eso se fué a Europa i se entregó a los viajes; ha viajado mucho, i no seria exajerado afirmar que es el sud-americano que ha hecho mas largas correrias por el mundo i que ha podido verlo por sus costas mas opuestas.

Cuando se ha visto mucho, se piensa de un modo mui diverso que cuando se ha visto poco. Echáurren, necesariamente, en una sociedad como la nuestra alejada de aquellos mundos, debe tener muchos puntos de diverjencia que lo hagan mal comprendido i mal juzgado.

De vuelta de sus viajes, deseoso de servir a su país, aceptó diversos cargos públicos, i dejándose llevar de su natural jeneroso i desprendido, renunció todos los sueldos a favor de la beneficencia o la instruccion.

Pero, en sus viajes por la apercancada Europa, bebió el autoritarismo, o talvez despertó en su carácter un sentimiento que le era innato. El respeto a la lei, la voluntad de hacerla cumplir sin cortapisas ni ambages; hé aquí la forma del autoritarismo de Echáurren. Querer el bien, buscar la lei del caso i hacerla cumplir, o si no hai lei, su voluntad será la que se cumpla; hé aquí una ampliacion de ese autoritarismo.

Patriota sincero, sériamente honrado, creyendo siempre obrar el bien, de perfecta buena fé, se impuso resueltamente a todo.

Un hombre que nada gana por servir, impone condiciones al hacer el servicio. Errázuriz, ligado por la gratitud i el respeto a las bellas prendas de su deudo, se resignó a dejarse imponer, i Echáurren hizo sin mas su santa voluntad, sin salir empero, del dominio de la lei, i del bien mas o ménos sagazmente comprendido.

Echáurren era, por lo demas, un mandatario de demasiado fuste para no afrontar sereno las consecuencias buenas o malas de todos sus actos administrativos.

Se sentia a sí mismo, i se pesaba.

Puro en sus costumbres, cristiano viejo, caballero a la antigua, con todo el pundonor de los señores de otro tiempo, galano i fino

con el sexo débil, es Echáurren uno de esos hombres a quienes se está dispuesto a perdonar no solo sus defectos sino tambien sus virtudes. Echáurren, tranquilo en la conciencia de su propia valía, afronta las situaciones talvez con demasiada lijereza.

## VI.

Cuando se ha viajado mucho, cuando se ha visto mucho, cuando se puede echar una mirada de recuerdos sobre todas las razas i costumbres humanas, el espíritu se eleva sobre muchas miserias que ofuscan los ojos de los que no han salido del cascarron de un pequeño país.

Echáurren, en sus numerosos i largos viajes, ha aprendido muchas cosas. Ha visto pueblos viejos i pueblos nuevos, i ha contemplado en ámbos las mismas pasiones vestidas con diverso ropaje, i se ha convencido talvez que el bien i la verdad solo se abren rápido camino por la fuerza, que la humanidad es un enfermo a quien es menester curar contra su enferma voluntad.

En una sociedad nueva, sin hábitos de respeto a las leyes, un hombre de esa especie es por lo ménos, un hombre escéntrico, un hombre raro.

Echáurren, a pesar de todo esto, i sobre todo esto, tiene una alma que no ha perdido el calor de la esperanza.

El amor a la gloria, el amor a la popularidad, es decir, el deseo de sentirse amado por un pueblo entero, son sentimientos de lo mas lejítimo i elevado que puede albergar una alma noble.

Echáurren tiene esas aspiraciones; pero, subordinadas por entero al cumplimiento del severo deber, del deber elevado al sacrificio, que es su ideal primero.

Si nos fuera dado evocar recuerdos ajenos a un retrato i propios solo de una biografía, pintaríamos a Echáurren como intendente de Santiago i Valparaiso, haciendo indudablemente el bien a manos llenas, pero teniendo montado en cólera a medio vecindario, provocando maldiciones i protestas por todas partes, i aprobado en silencio por las mayorías.

Echáurren lo afronta todo, i sacrifica aun sus bellos sueños de gratitud i amor, de los mismos a quienes sirve sin otro interes que su ideal de bien i de adelante.

## VII.

El respeto a la lei, el amor a lo justo, no son prendas dominantes en las sociedades nuevas.

Se va de ordinario tras lo conveniente, i la lei transije con el caso, i lo justo tambien transije a su turno.

En tales situaciones, todo movimiento social tiene por fin i aun por medio una transaccion. Se hacen los negocios para transar; se pone un pleito para transar; i se forman grupos políticos para transar. Es época de transacciones.

Chile atraviesa por este triste período.

Un hombre definido, un hombre que no transa, es un hombre perdido.

El camaleon humano, el camaleon político, es el hombre del caso.

Echáurren, apoyado en su reconocida honorabilidad i en su riqueza, quiso hacer volar por los aires al borrico, pretendiendo ser el hombre honrado de la lei i del bien, i se equivocó de medio a medio. El inmenso poder de la virtud opulenta salvó a Echáurren; pero, sus actos que no fueron transaccion, fueron indudablemente malos.

## VIII.

Es lástima que la humana especie sea tan inclinada a resistirlo todo cuando no viene por los caminos que se le antoja creer indispensables.

El conocimiento de esos caminos es, sin duda, el secreto de los grandes políticos.

Echáurren debe haber meditado sobre esto, porque su experiencia ha sido en grande escala.

Es triste decirlo, pero es la verdad. Querer hacer no es lo mismo que saber hacer.

Echáurren ha hecho mucho, ha querido hacer mucho i mucho bien; pero no siempre ha sido feliz en los resultados. A cada paso se ha encontrado con que no basta creer que una cosa es buena para que se convierta en buena; que no basta ser patriota i bien intencionado para ser buen mandatario; que no basta ser rico i jeneroso; que no basta botar el oro a manos llenas para hacerse

tolerar la falta de respeto a costumbres arraigadas por mas que esas costumbres sean malas e imbéciles.

Echáurren, haciendo el bien, consagrándose a él, queriéndolo a todo trazo para el país, ha concluido por imponerlo; i hé ahí el mal; en Chile nadie acepta ni el cielo por la fuerza.

Echáurren ha sido respetado, empero, por sus enemigos, i muchos de sus actos, que no habrían sido tolerados en ningun otro hombre, han encontrado en él una fácil disculpa. Es la verdad, con la reputacion de Echáurren se puede ser pachá otomano sin que se sientan por ello los católicos.

Es de agradecer a Echáurren que no haya abusado del tremendo poder que le dan su honorabilidad i su dinero.

## IX.

Es indudable que en otro tiempo Echáurren habria sido una figura histórica. El hombre del deber no es el hombre de hoi.

La cabeza de Bismark sobre los hombros de Echáurren habria resuelto la dificultad.

Hoi, que la verdad es el gran cuco de todas las esferas sociales, un hombre como Echáurren, es un hombre temible.

FRANCISCO MIRALLES.

# TARAPACÁ.

---

Luchando con los rudos  
I cálidos desiertos,  
De sed i de hambre muertos,  
Heridos por el sol,  
Perdidos en oleajes  
De fuego, denodados  
Avanzan mil soldados  
Siguiendo un tricolor.

¿A dónde van? ¿Qué buscan  
Revueltos en la arena?  
¿Qué móvil los condena  
Al yugo de ese afan?  
¿De qué naturaleza  
Son todas esas jentes?  
¿Son dioses prepotentes  
O abortos de satan?

Soldados son de Chile  
Que buscan dando ejemplo  
De abnegacion, el templo  
Que dá vida inmortal,  
Son héroes invencibles  
Que marchan a la gloria  
Llevando en la memoria  
El triunfo de Yungai.

Mirad! Del sol de fuego  
Los rayos atrevidos  
En cobres renegridos  
Sus frentes convirtió,

Talvez ya van tomando  
 Sus tallas envidiables  
 De bronce memorables  
 La forma i el color!

¿Sabeis cual es el agua  
 Que un tanto los reanima?  
 Con ansia que lastima  
 Se chupa cada cual  
 Las venas que se rompen  
 Sin miedo i sin estorbos  
 Con los brillantes corvos  
 Que al cholo hacen temblar.

Mirad! A la vanguardia  
 Se vé a los Granaderos,  
 I vá de esos guerreros  
 El dos de línea en pos.  
 Soberbio rejimiento  
 De justa i digna fama,  
 Rival del Atacama  
 En gloria i en valor.

Salud, nobles soldados  
 De Chile defensores  
 Brillantes Zapadores  
 Salud i triunfo andaz  
 La patria bendecida  
 A tierras mui remotas  
 Os llama con las notas  
 Del himno de Yungai...

.....  
 Ya rujen con estruendo  
 Los bronce de la guerra  
 Ajítase la tierra  
 Con hórrido fragor

Iijos en la estrella  
 Que brilla como un iris  
 Los bravos de Ramirez  
 Pelean con furor.

I corren los momentos  
 I sigue la jornada  
 I mas encarnizada  
 La lid es cada vez  
 De sangre mil arroyos  
 Las pampas humedecen  
 I con su vista crecen  
 Las ansias de vencer.

Prodijios de heroismo  
 Los bravos ejecutan  
 I a palmo se disputan  
 El campo del honor  
 El claro del que cae  
 Lo cubre en el instante  
 Con ánimo arrogante  
 El que le sigue en pos.

El humo de la pólvora  
 Como crespon de duelo  
 Sombreando vá del cielo  
 La bella claridad  
 Mas, ¡ai! ¿porqué el chileno  
 Sus fuegos debilita?  
 ¿Porqué? ¡Suerte maldita!  
 El rifle está de mas!

El *Gras* es arma inútil,  
 Inútil los cañones,  
 Le faltan municiones  
 Sin ellas ¿quién venció?

Por eso los aliados  
 Con ódios miserables  
 Nos diezman implacables  
 La brava division!

Ramirez que ya herido  
 Se vé; agonizante,  
 Con voz siempre vibrante  
 I enérgico ademan:  
 —«¡Muchachos, carga a muerte!»  
 Les dice a sus cornetas,  
 I corvo i bayonetas  
 Se vieron reflejar.

Suspensos los aliados  
 I atónitos se paran  
 Cuál si a sus piés mirarán  
 Abismo aterrador  
 I diz que los peruanos  
 Al ver brillar los corvos  
 Salvando mil estorbos  
 Huyeron con pavor.

Pero notando luego  
 Que los chilenos eran  
 Escasos, los esperan  
 Con intranquilo pié,  
 I sobre el débil resto  
 Que denodado avanza  
 Las balas de la alianza  
 Comienzan a llover.

Chilenos, la prudencia  
 Cuál fiel i noble amiga  
 Retroceder obliga,  
 Diciendo que por hoy

Tarapacá es Rancagua  
 En gloria i heroismo,  
 En májico civismo  
 En rasgos de valor.

Por tanto a los aliados  
 Dejad breves instantes,  
 Dejadlos que anhelantes  
 Se gocen en quemar  
 A todos los heridos  
 De diferentes sexos,  
 Al tigre en sus excesos  
 Dejadlo disfrutar.

Dejadlos que mutilen  
 De mil i mil maneras  
 A vuestras cantineras  
 Dejad que a su placer  
 Por unas cuantas horas  
 Se crean vencedores,  
 Dejad que a los albores  
 Mañana os vengareis.....  
 .....

Ya lucen sobre el Ande  
 Los rayos de la aurora,  
 ¡Chilenos, sonó la hora,  
 Venganza i a luchar!  
 ¿Con quién? ya los aliados  
 Cedieron temerosos  
 El pueblo que afanoso  
 Queriais conquistar.

¿De quién es entre tanto  
 La palma i la victoria?  
 Sí el cholo canta gloria  
 ¿En dónde se levé?

Pasaron los delirios  
De las ardientes fiebres  
I como tristes liebres  
Hecharon a correr.

De raza maldecida  
Imbéciles soldados,  
Cual buitres espantados  
Cumplis vuestro deber,  
Teneis la valentia  
En piernas i talones,  
Brillantes batallones,  
Corred, i mas corred.

Ejército menguado  
De pobres mentecatos,  
¡Cuán breves son los ratos  
Que gozas de placer!  
¿De qué, de qué te sirven  
Tus águilas i leones,  
Sí el roto tus pendones  
Humilla por de quier?

Honor al dos de línea  
I al Chacabuco gloria,  
Orgullo de la historia  
Sus héroes serán,  
I grabará en sus páginas  
Por siempre memorables  
Los nombres venerables  
Que dió Tarapacá.

ROSENDO CARRASCO.

Con este número dejó de publicarse  
esta Revista.